

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 15551 - BARCELONA

El pasado acusa

Emocionante y bella película hablada en español

La película de las madres y las esposas

Dirigida por DAVID SELMAN



Producción COLUMBIA PICTURES

DISTRIBUIDA POR

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 66-69

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Luana Alcañiz

Carlos Villarías

Barry Norton

Maria Calvo

Rosita Granada

Alfredo del Diestro

etc.

El pasado acusa

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Frente al coquetón escritorio de la lujosa sala, Eva Müller leía la carta que con mano nerviosa acababa de escribir.

Querido Carlos:

Te agradezco infinitamente cuanto has hecho por mí, pero no puedo continuar mintiendo. Es preciso que nos separemos... ¡Adiós!

La hermosa joven se pasó la mano por la frente, y sus ojos, de un tono azul como las aguas del mar, adquirieron una expresión de inquietud. "Sí, es preciso. Esto debe acabar", murmuró con voz temblorosa. Pero inmediatamente la venció la tristeza, el te-

rror, como si comprendiese que no tenía bastantes fuerzas para llevar a cabo su determinación.

¡Era tan poquita cosa ante Carlos! ¡Ejercía su amante sobre ella tan poderosa influencia! ¿Qué iba a decir aquel hombre tan enérgico, tan implacable en sus decisiones, cuando conociese la verdad?

La música del aparato de radio, situado en un ángulo de la sala, llenaba el ambiente de notas tristes y cadenciosas que rimaban perfectamente con el estado de su alma. Y Eva sentía anhelos de llorar y de huir cuanto antes de aquel pisito encantador, maravillosa jaula de oro, pero que era

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

para su espíritu como una prisión.

De súbito sintió que la puerta giraba suavemente y en el umbral de la misma se destacó la figura de un hombre de unos treinta y tantos años elegantemente vestido. Era Carlos Morán. Rápidamente, con el más vivo temor retratado en el hermoso rostro, Eva estrujó entre sus manos el papel. ¡No quería enviárselo! Prefería decirselo de palabra, frente a frente, arrojando toda la responsabilidad.

Morán avanzó sonriendo y se apresuró a cerrar la comunicación del aparato de radio. ¡Vaya armonía para aburrir!

Luego miró a Eva y suavemente la estrechó en sus brazos y la besó.

—¿Qué te pasa?—le dijo, riendo—. ¿Por qué esa música tan triste? ¡Parece una canción de despedida!

—¡Y lo es!—contestó decidida a romper de una vez aquella situación y confesarle la verdad.

—¿De quién?

—De nosotros...

Nerviosa, teniendo aún en las

manos el papel, se sentó en un diván y a su lado se acomodó Morán tranquilamente.

—Pues no está poco inquieta la niña... Pero, ¿qué tienes en la mano? ¡A ver, dímelo!

No se atrevió a hacer resistencia. Carlos Morán leyó el papel y su faz se demudó adquiriendo una palidez agresiva.

—¿Conque ha llegado el momento de decirnos adiós?

—¡Sí!...

—Yo admito que no soy un buen cliente para las compañías de seguros de vida, pero si he de ser franco, malditas las ganas que tengo de morirme... A ti te ocurre algo grave... ¡Vamos... habla!...

Eva movió la cabeza con una expresión angustiada. Se levantó contemplando distraída el tapiz de seda de la habitación.

—Quiero ser sincera contigo, Carlos, y espero que me comprenderás.

—¿Qué te ocurre?—inquirió él, yendo hacia ella.

—¡Que ya estoy harta de esta vida de inquietudes! ¡Yo no naci

para andar entre criminales! ¡Odio a tus amigos y me desespera saber que por tu culpa estoy constantemente vigilada por la policía!

Morán guardó unos instantes de silencio, como si le sorprendiera aquella rebelión. Al cabo contestó:

—¿Es eso todo?

—¿Te parece poco?

—¿Has terminado ya tu sermón? Pues ahora vas a tener que escuchar el mío. Yo te he dado todo, todo cuanto tú necesitabas... A ver, dime, ¿qué más quieres?

—¡Quiero vivir decentemente, ser una mujer honrada, casarme, tener un hogar... y un hijo!—respondió con emoción.

—¡Admirable porvenir! Y como en los cuentos de hadas, ser muy felices y vivir muchos años, ¿no?

—¿Y por qué no? ¿Es esto un crimen? Sé bueno para mí. ¡Déjame marchar!

Pero él, mirándola rudamente, con reconcentrada ferocidad, le contestó:

—Parece que ya lo tienes todo preparado. La culpa es mía por que te he dejado sola mucho tiem-

po... Mirame a los ojos... ¿Me estás traicionando? ¿Sí? Lo sentirás... tanto por ti como por el galán, porque los que traicionan a Carlos Morán, generalmente sufren las consecuencias.

—¡Nadie aquí te ha hablado de un galán! Este es un asunto entre tú y yo... Carlos, tú no puedes obligarme a que viva contigo... Yo jamás te he mentido; tú sabes que yo ni te quise, ni te quiero, ni te querré nunca... ¿Por qué entonces no me dejas libre?

Aquella desnuda y cruda verdad que hablaba a Morán de la farsa de aquella unión material, de conveniencia o de terror en que faltaba la compañía del alma, no pareció impresionar demasiado al aventurero. Y respondió lentamente, como si destilara las frases:

—¡Yo no soy de los hombres a quienes las mujeres dejan plantados!... Cuando me canse de ti... ya te lo diré... ¡Ahora, sonríe!... ¡Sonríe! ¡Te lo mando! ¡Sonríe!

Eva, a la viva fuerza, sonrió... Pero su sonrisa, apagada repentinamente, su sonrisa, que iluminó un instante su carita de muñeca,

fué como una suave luz de auxilio que rompe las tinieblas de la noche.

—¡Así me gusta, y no hablemos más de este asunto, que esta noche tengo algo muy importante que hacer!

Ella lanzó un hondo suspiro y se sentó ante el piano desgranando unas notas graves que tenían la melancolía de su mismo corazón.

Morán se dispuso a partir. Vestía de etiqueta como para asistir a alguna recepción.

—¿Adónde vas?—le preguntó Eva.

Sentóse Morán a su lado y la acarició suavemente haciéndola cesar en la música.

—Tengo que arreglar cuentas con... un amigo que me ha traicionado. Si alguien te pregunta por mí... dile que llegué a casa temprano y que no salí en toda la noche... Fíjate bien, *¡en toda la noche!*

—¡Perfectamente! — contestó con voz insegura.

—Y no olvides esto: desde que estás conmigo te has enterado de muchas cosas, y todo aquel que sa-

be mis intimidades, tiene que permanecer a mi lado. ¡Convéncete, Eva, de que entre tú y yo no puede haber otra separación que la definitiva!

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo, aterrada.

—Ya me entiendes. ¡Que a nosotros, como a Julieta y Romeo, sólo puede separarnos la muerte!

Cogiéndola bruscamente entre sus brazos, la besó, con un beso de fuerza en que imponía su autoridad y su dominio.

Luego, sonriendo levemente, y cubriendo su cabeza con el sombrero de copa, abandonó la habitación.

Eva estaba aterrada... Rompió a llorar al verse sola... ¿Y no podría desligarse de aquellas cadenas? ¿Y siempre habría de permanecer al lado de ese hombre, atada a él con complicidades inconfesables?

No quería, no podía ser. El fondo bueno de su alma se rebelaba ante esa idea de perdición. Eva no era mala. Si había caído tan bajo, hasta llegar a ser la amante de aquel hombre a quien la polí-

cía perseguía como a un peligroso criminal, no era por su propia voluntad. Había sido empujada ciegamente, torpemente, destimbrada por el abandono en que se hallaba y por las luces relampagueantes de la ciudad. Pero ahora que había encontrado manera de redimirse, ¿iba a dejar perder la ocasión? Ahora que a lo lejos se divisaba la estrella del verdadero amor...

Carlos Morán había llegado a uno de esos lujosos clubs que abundan en Nueva York. El primer piso estaba constituido por salas magníficamente decoradas donde se reunía la mejor sociedad. Aunque estrechamente vigilado por la policía, este Club, como otros muchos, dedicábase con afán a la ruleta y al bacará y a saltar con una tranquilidad maravillosa a las rigideces de la ley seca.

Morán cruzó estos salones y se dirigió al segundo piso penetrando en una pieza semioscura. En

un rincón se movieron dos sombras. Eran dos sujetos de mal aspecto, Roche y Numan, afiliados a su banda.

—¿Está Sanders? — preguntó Morán.

—Sí, en su oficina.

—Bien. Dame tu pistola, Numan... ¡Esperadme aquí!

Guardóse en el bolsillo del gabán la pistola que le diera su cómplice y se alejó con paso seguro.

Numan y Roche se miraron en silencio, adivinando los propósitos del jefe. Se sentaron en un sofá. ¡Pobre Sanders! ¡Podía despedirse de su club, del que era uno de sus dueños!

Morán entró en un despacho discretamente amueblado. Un joven bien vestido escribía ante una mesa. Al ruido que hizo la puerta, se volvió y en su semblante se dibujó una desagradable sorpresa. Pero, procurando reaccionar, exclamó con acento tranquilo:

—¡Hola, Morán!

Le alargó la mano, que el otro no tomó, teniendo las suyas enfundadas en los bolsillos.

—¿Qué tal, Sanders?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡A tus órdenes!...

La mirada sarcástica de Morán cayó como una amenaza sobre Sanders.

—Te mandé llamar, pero tenía la plena seguridad de que no irías a verme—le dijo Morán.

Sanders se agitó nervioso en el asiento.

—Yo estoy acostumbrado a que mis deudores vengan a pagarme aquí.

—¡Pero ahora resulta que el deudor eres tú!

—Me estás hablando en chino.

—Pues lo mejor que puedes hacer es estudiarlo.

—Ya soy muy viejo para eso—agregó Sanders con una sonrisa fría.

—Pero eres muy joven... para otras cosas. Tú bien sabes, Sanders, que las cartas estaban marcadas.

—¿De veras?—dijo con ironía.

—Sí, y quiero que me des los veinte mil dólares que perdí anoche. Vamos, entrégame el dinero.

—Es mucha plata para cargarla encima.

La discusión se agriaba. Morán dijo con violencia:

—Acabemos. ¿En dónde tienes los veinte mil dólares?

—¿En dónde?

Sanders se levantó y saboreando su cigarro puro, siguió diciendo, tomando a broma la actitud de su visitante:

—Eso es una adivinanza... Ahora voy a preguntarte otra. ¿Qué es una cosa que tiene pies y no anda y que tiene cabeza y no usa sombrero?

Morán perdió la paciencia. Bruscamente sacó una pistola y encañonó con ella a Sanders.

—¡Necesito los veinte mil dólares! ¡Pronto!

La vista del arma turbó ligeramente al deudor, pero aun quiso manifestar tranquilidad.

—¿Conque es en serio?... Guarda ese revólver, Morán... No creo que vayas a tratar así a un compañero de la niñez.

—¡Desde que saliste de la escuela has aprendido muy poco!

—¿Qué trágico estás, Morán!... No pareces el mismo que en la escuela recitaba con tanta elocuencia

aquellos versos. "Mi hermanita tenía un cordero..."

La voz de Morán se hizo terrible... Avanzó lentamente hacia Sanders con el arma a la altura del pecho, el pulso firme y seguro en el gatillo.

—¡Todavía puedo recitarlos... y con más elocuencia que antes! Pero yo he hecho en ellos ciertos cambios... ¿Quieres oírlos?

—¡Morán!...

Esta vez Sanders tuvo miedo, previntió algo implacable, algo mortal en aquel hombre... Fué retrocediendo hacia la pared, mientras su enemigo le seguía, devorándole con una mirada de odio en que brillaba la lucecilla cruda de la muerte.

—Oye mis versos—dijo Morán con una lentitud escalofriante—. "Mi hermanita tenía un cordero, y siempre con ella la gente lo vió; pero un día... de súbito..."

—¡No... no!—gritó Sanders, livido, apoyándose contra la pared, sintiendo la sensación de la agresión inminente.

El dedo de Morán apretó el gatillo. A quemarropa sonó un dis-

paro hecho con la frialdad aterradora del vengador.

Sanders ahogó un grito de dolor y tambaleándose se desplomó muerto.

—...el pobre cordero expiró"—añadió Morán terminando la última estrofa de su verso y contemplando el cuerpo de Sanders cuya camisa se teñía de sangre.

¡Estaba vengado! Así trataba él a los que le traicionaban. Guardóse el arma en el bolsillo y volviendo al encuentro de sus cómplices, que habían oído la suave detonación, abandonó lentamente el Club.

+ . . .

Eva daba ante el espejo los últimos toques a su maravillosa "toilette".

Su buena amiga Matilde, una muchacha picaresca, alegre, de corazón de oro, pero cuyos modales algo libres acusaban que su vida no era de las más severas e imaculadas, la estaba contemplando y no podía reprimir su entusiasmo.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso!
—decía.

—¿Te gusta?—dijo Eva con sencillez.

Matilde se echó a reír y mientras sorbía un refresco que su amiga le había preparado, continuó, con su nerviosa alegría juvenil:

—¿Y a quién no va a gustarle? Yo no puedo ver a Morán ni en pintura. Pero hay que hacerle justicia: pocos hombres saben vestir a una mujer tan bien como él. ¿Adónde vais esta noche? ¿A la Opera?

—No voy a salir con Morán.

—¿Quieres decir que te has puesto esa maravilla de traje para lucirlo exclusivamente ante mí?—preguntó, extrañada.

—No... Es que esta noche tengo una cita...

—¡Ajá!

—¡Lo que oyes!

Matilde contemplaba a su amiga con una ternura casi maternal. ¡La quería tanto!

—¡Pobre hombre! ¡Le compadezco porque no le va a quedar más recurso que decir que sí!

—No le compadezcas a él, sino a mí, que estoy entre la espada y la pared y no sé si decir que sí... o que no... ¿Qué opinas tú?

—Todo depende de lo que el jovencito quiera.

—¡Casarse conmigo!

—¿Casarse contigo? —dijo asombrada—. ¿Y tú le quieres?

—Sí.

—¿Dónde lo conociste?

—En la calle... Me vino siguiendo... Luego lo encontré varias veces en el restorán... nos hicimos amigos... se me declaró... ¡Una delicia de muchacho!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Porque esperaba decirselo primero a él...

—¿Qué clase de tipo es? ¿Cómo se llama?

—No sé su nombre...

—¿Cómo!

—Ni él tampoco sabe el mío: ¡somos dos misterios!

—¡Estáis locos!

—La noche que hablé con él—añadió Eva con una expresión de ensueño en la mirada—convinimos en no decirnos nuestros nombres.

¡El es un poco romántico... y yo... no me quedo atrás!

Matilde se echó a reír.

—Después de todo, la idea es buena. De esa manera no es necesario aclarar ciertas cosas... obscuras.

—Ni él conoce mi vida, ni yo la suya. Lo único que puedo decirte es que es el chico más simpático que he conocido.

—¿Y él qué opina de ti?

—Que soy un ángel.

—¿Tiene buenos sentimientos?

Y sus dedos trazaron un signo picaresco, indicando si el enamorado era hombre de dinero.

—No sé si es rico o pobre; ni me importa... ¡Soy feliz!

—¿Y yo lo siento mucho!

—¿Por qué?

—¡Por Morán! ¡Ten mucho cuidado! ¡Ya sabes que ese no perdona a nadie!

—¡Bah!

En aquel momento sonó el timbre del teléfono; las dos jóvenes suspendieron su conversación. Eva tomó el receptor.

—¡Diga!

Le contestó la voz de Carlos

Morán que la telefoneaba desde la cabina de una estación ferroviaria.

—¿Eres tú, Eva?... Oye... ahora mismo salgo para Filadelfia... Cuando yo regrese...

Eva contestó inflexible:

—Cuando regreses no me hallarás aquí... Ya te dije que hemos terminado... y te lo repito ahora...

—Está bien; no tengo tiempo para discutir... Pasaré varios días en el Gran Hotel y...

Pero ella cortó bruscamente la comunicación, y Morán se sintió furioso por el desprecio. ¡Ah, la gatita arisca! ¡Cómo afilaba sus uñas! Mas, calma, Morán. Ahora era preciso que él se ocultara por unos días en Filadelfia para evitar que pudiera detenerle la policía, pero a su vuelta, cuando se desvaneciesen las sospechas, ya castigaría a Eva por aquel intento de rebelión. ¿Cómo se atrevía a tratarle así?

Eva había colgado el aparato. Matilde contempló a su amigueta con angustiado gesto.

—No has debido hacer eso... y menos ahora...

—Tienes razón; he debido hacerlo desde mucho tiempo atrás. ¡No quiero nada más con Morán! ¡Hemos terminado!

Matilde parecía muy nerviosa, como si comprendiera bien toda la trascendencia de aquella ruptura. Distraída contemplaba un broche de brillantes que Eva acababa de quitarse, no queriendo llevar encima nada de valor regalado por Morán.

—¿Qué te dijo tu amigo?—preguntó Matilde.

—Que sale para Filadelfia...

—A Filadelfia no se va por razón de gusto... ¿No sabes si la policía le anda buscando?

—El nunca me cuenta sus asuntos... Sólo me dijo que se hospedaría en el Gran Hotel.

Matilde suspiró cómicamente.

—Tú sabes, Eva, que yo tengo un modo especial de ver las cosas; y, naturalmente, no querría estropearle tus intenciones matrimoniales, porque, después de todo, yo también pienso casarme, y así se lo he prometido a mi italiano... si

reduce un poco su peso... Pero, francamente, ¡dejar plantado a Morán es casi como suicidarse!

—¿Poco me importa lo que Morán piense! Dale un vistazo a esta casa, Matilde, porque es la última vez que vienes a ella... a menos que vuelvas a visitar a Morán.

—¿Quién?... ¿Yo? ¡Ni por casualidad!

—Bueno, Matilde, vámonos ya, que mi cita es a las ocho de la noche y apenas faltan veinte minutos.

Y a los pocos momentos las dos amigas abandonaban aquella casa, donde Eva pensaba no volver a poner los pies, rompiendo definitivamente sus lazos con el peligroso Morán.

* * *

Eva Miller abandonó con una sonrisa feliz aquella casa en la cual durante tanto tiempo había tratado en vano de buscar la felicidad. Primero creyó, al quedar huérfana y sola en Nueva York, sin recursos ni modo de ganarse

la vida, que el elegante Carlos Morán, en cuyos brazos había caído poco después sin resistencia apenas, podía inspirarle un sentimiento amoroso, capaz de llenar el vacío de su corazón, carente hasta entonces de toda emoción pasional. Pero poco a poco, a medida que fué conociendo íntimamente a Morán y comprendió la sórdida inquietud de su existencia, desvaneciéronse por completo las ilusiones y las esperanzas forjadas.

Ciertamente, Morán la rodeaba de lujos que ella—nacida en un pueblecillo lejano, bajo pobres auspicios—jamás había podido soñar... Pero ese mismo lujo la inquietaba, ¿De dónde sacaba el dinero su amante? Primero la interrogación se perfiló vagamente en su espíritu... Más tarde, a la vista de los personajes de rostro sospechoso que visitaban a Morán, comenzó a adivinar que los medios de vida del mismo no eran intachables...

Muchas veces al salir del brazo de su amante vió el rostro característico de algún detective espían-

dolos. En los restaurantes de la ciudad que ellos frecuentaban no faltaban individuos de catadura sospechosa que se acomodaban cerca de su mesa y que, o bien cambiaban significativas miradas con Morán, o bien los observaban con mal disimulada insistencia...

Acabó por conocerlos; eran sabuesos o cómplices de Morán.

Vivía en continua zozobra; asaltábanla pensamientos de infinita angustia y se preguntaba con melancolía qué le reservaba el porvenir.

A pesar de su existencia despreocupada, de vivir con un hombre que no era su marido y que le permitía los lujos agradables a toda mujer, conservaba Eva una misteriosa inclinación al bien, un anhelo de tener una vida muy distinta, muy alejada de aquella...

El deseo de abandonar a Morán anidaba en su corazón hacia ya mucho tiempo, aunque por pereza o por miedo jamás le había dado verdadera forma. Pero había bastado que encontrase a un hombre, un muchacho simpático, generoso, que era el verdadero amor, para

que tomase la irrevocable decisión de cambiar de vida, de alejarse de aquella existencia inmoral, al margen de la ley, llena de sobresaltos y de inquietudes... Amaba a aquel desconocido y estaba dispuesta a casarse, llevada de romántica emoción.

Estaba segura de que sería feliz al lado de aquel hombre. No la preguntaba quién era, de qué estaba formado su pasado, su presente. Se casarían, y ella, moralmente purificada, sería digna del único ser por el cual había latido su corazón...

Dispuesta a no recordar jamás los episodios tristes de su convivencia con Carlos Morán, dirigióse a la cita con el galán sin nombre.

El ya la esperaba, con la impaciencia del verdadero enamorado. Y en el refugio amable de una mesita escondida entre hermosas plantas y cubierta en su centro de rosas rojas, Eva Miller escuchó de nuevo las frases tiernas y cariñosas de aquel gallardo muchacho que era todo su afán.

Se miraban dulcemente y ponían

grandes lagunas de silencio en la conversación cálida y susurrante... Sus manos se encontraban a veces, y después de un súbito apretón, ambos las soltaban, enrojeciendo y riendo como un par de chiquillos...

El sortilegio de aquella noche tibía, el rumor que llegaba hasta ellos, dulce y cadencioso de la orquesta que tocaba en el salón, el perfume de las flores, la luz impasible del cielo estrellado, todo era como una mágica decoración y escenario para su cita amorosa.

—¿No podríamos quedarnos aquí... para siempre?—murmuró él con ternura.

—Podríamos... si esto no lo cerraran a las dos de la mañana—contestó ella riendo.

—¿Y no habrá un medio de alargar la noche, de hacerla eterna? ¿Si pudiéramos retardar la salida del sol... detener el tiempo... y hacer que las cosas permanecieran... así... como ahora!

—¡Oh, sí!... Sería maravilloso quedarnos aquí para siempre... y cuando sintiéramos hambre podríamos alimentarnos con... con...

—¿Con besos?

Ella, siempre gentil y coqueta, rió otra vez.

—No... porque los besos son un alimento peligroso.

—Ven y sentémonos cerca de la orquesta. Podremos oír mejor la música...

—No, allí hay mucha gente, y aquí, en cambio, sólo estamos tú... y yo...

—¿Es verdad!—murmuró él—. Una dama y un caballero sin nombre.

—¿Qué romántico!

—Si vamos a quedarnos aquí para siempre, ¿no crees que deberíamos tener nombres?

—Pues búscame uno, pero que sea muy bonito...

—¡Ya lo tengo!—dijo él apretando las manos de Eva—. Desde hace rato estoy pensando en eso y he decidido llamarte Robinson.

—¿Robinson? ¿Por qué Robinson?... ¡Ese no es un nombre bonito!

—Pero es el mío, pues me llamo Roberto Robinson, y lo peor del caso es que va a ser el cuyo también...

Ella sonrió suavemente.

—¡Qué lástima! ¡Roberto Robinson! Creí que tenías un nombre más poético. ¿Ves?, has roto el encanto. Ya casi tengo deseos de marcharme...

—Antes de marcharnos tenemos que decidir.

—¿Decidir qué?

—¡Si te llamarás Robinson o no!

—¡Esa es una declaración de amor en toda regla!

—¡En toda regla!... ¿Quieres casarte conmigo o no?... Si quieres evitarte molestias, decídetelo pronto, porque seguiré preguntándotelo hasta que me aceptes—añadió sonriendo.

Eva vaciló... ¿No confesaría a aquel muchacho tan bueno, tan lealmente enamorado, toda la existencia triste y pecadora que había vivido? ¿No era un caso de lealtad el exponérselo? Pero, ¡ah!, tuvo miedo, un miedo infinito a que al conocer su vida Roberto la rechazara y ella tuviera que volver con Morán o vagar por este mundo cruel llevando en el alma la carga de una pasión imposible y

sufriendo los embates de una humanidad enemiga de la virtud de la mujer.

No, no diría nada... ya que nada preguntaba Roberto, con la ceguera y la confianza del amor; pero, y su familia, ¿no quería averiguar quién era ella?

Mas, ¿por qué preocuparse inútilmente? A ella le bastaba la confianza de Roberto; lo demás lo obtendría por añadidura.

Rechazó los pensamientos sombríos y preguntó sonriente:

—¿Tu mamá vive?

—Sí, lo mismo que papá.

—Pues si yo fuera tu mamá, te castigaría como a un niño atolondrado por querer casarte con una mujer... cuyo nombre ni siquiera sabes.

—¿Tampoco sabías tú el mío, y sin embargo... yo bien puedo ser un ladrón, un asesino o algo peor... Dime: ¿tienes padres?

—No...

—Pues si yo fuera tu madre te aconsejaría que no le hicieras caso a nadie que no se llamara Roberto Robinson. Ya te dije mi nombre. Ahora dime el tuyo...

¿Su nombre! Eva sintió que un ligero temblor agitaba su cuerpo. ¡Ah!, si supiese verdaderamente quién era ella, aquel joven inocente y bueno, en cuyos ojos claros, de veinticinco años, brillaba la lealtad... ¿Su nombre! Debía mentir una vez más, si quería enterrar para siempre su pasado. Era preciso, si quería conservar la felicidad, que desapareciese el nombre que tenía como amante del aventurero Carlos Morán.

Y contestó con firmeza:

—Eva... Eva Stanton...

—¿Eva! ¡Lindo nombre!—dijo Roberto acercándose más a ella—. Nada sé de ti... pero eres interesante, bella, y, sobre todo, eres la única mujer con quien he tenido deseos de casarme... Lo demás me importa poco... a menos que seas casada.

—¿No!

—O que estés enamorada de otro.

—Enamorada, sí, pero...

—¿De otro? ¿Hay acaso algún rival?

Eva riendo se estrechó contra su amigo y le besó en los labios...

Roberto, rendido de emoción, comprendió que Eva le amaba...

Y se sintió fuerte como un dios y feliz como nunca lo había sido al tener los labios de ella sobre los suyos y al escuchar después que le murmuraba al oído acariciándole:

—¡Te quiero con toda mi alma, Roberto!

Durante varios días los periódicos se ocuparon del asesinato cometido en el lujoso Club y del cual fué víctima Sanders, uno de los dueños del establecimiento.

El hecho estaba rodeado de misterio, pero la policía sospechaba que Morán, cuyos pasos seguían hacía tiempo, era el autor del crimen.

La víctima tenía tan mala reputación como el presunto asesino; pero la justicia estaba en el deber de buscar y castigar al culpable. Y en las manos del detective Palmer, uno de los auxiliares más astutos y hábiles de la justicia, habían dejado la captura de Carlos Morán, desaparecido misteriosamente de Nueva York. Esta misma desaparición era una nueva y

abrumadora prueba de que sus sospechas no iban mal encaminadas.

Matilde, la bella amigueta de Eva, se hallaba aquella mañana desayunándose en compañía de Toni Pagano, un italiano gordiollón, dueño de un acreditado resortón: un buen hombre en toda la extensión de la palabra.

Matilde y Pagano vivían juntos y se amaban profundamente, aunque a ninguno de los dos les corría demasiada prisa el legalizar, casándose, su situación. Ella, muchacha frívola, aseguraba que se casaría con Pagano cuando éste adelgazara. No quería un marido... pesado.

Pagano era un espejo de discreción y de lealtad, un hombre todo corazón, locamente enamorado de Matilde. También ella le quería, pero, empeñada en hacerle disminuir de peso, le impedía comer a dos carrillos, lo que desesperaba al italiano, que gustaba de comidas suculentas y extraordinarias.

Aquella mañana, mientras tomaban plácidamente el desayuno, interrumpido sólo por las protes-

tas del italiano porque Matilde le impedía comer todo lo que era de su gusto, Pagano, que había estado leyendo en el periódico nuevos datos acerca del asesinato de Sanders y de que la policía andaba buscando a Morán, opinó:

—Es la primera vez que Carlos Morán comete un error.

—Sí. Fue una estupidez haber matado a Sanders en su propia casa.

—No es eso lo que quise decir—continuó Pagano cogiendo disimuladamente una torta y cubriéndola de mantequilla—. Me refiero a su cambio de táctica. Morán nunca ha matado a nadie... *personalmente*; siempre ha tenido quien se ocupe de esas cosas.

—Lo cual, desde luego, es mucho mejor y más fácil. Si yo tuviera que matarte—dijo ella con su alegre y nerviosa vivacidad—no lo haría yo misma... Para buscarme complicaciones me buscaría uno de esos pobres gollos sin trabajo... y le daría la oportunidad de ganarse unos cuantos dólares *honradamente*.

—¡Mujer!

Fue a comer la torta, pero Matilde se la quitó hábilmente de las manos.

—¡Deja eso! Sólo puedes tomar café.

Pagano suspiró cómicamente.

Matilde, riendo, continuó:

—Ya ves si me sería fácil desembarazarme de ti.

—Pero, Matildita, tú no tienes intenciones de matarme, ¿verdad?

—¿Para qué tomarme ese trabajo? ¡Si a ti te va a matar la gula! ¡Ah!, después de todo me alegro que Morán esté fuera de la ciudad.

—¡Y yo también!... ¿Qué ha sido de Eva?

—No lo sé. La he llamado varias veces y nadie contesta al teléfono. Pásame el café. La ausencia de Eva me tiene preocupada.

—Lo mismo le pasa a Morán.

—¿Qué quieres decir?

—Roche estuvo a verme anoche y me dijo que le interesaba mucho hallar a Eva.

—¡Naturalmente! Morán necesita otra vez a Eva para engañar a la policía. Eva es su única salvación.

—¡Lo mejor es que no trates más a Eva!—dijo Pagano tomando disimuladamente otra torta.

—¿Que no la trate más? ¿Y por qué?

—Eva es una buena muchacha; yo la quiero mucho, pero ella pertenece a Morán... y Morán y la estricnina son dos cosas parecidas.

—¡Suelta eso!—dijo Matilde quitándole el pedacito que se llevaba a la boca.

Pagano la contempló con desesperación.

—Por la *Madonna*, Matilde; colamente una rebanada.

—¡Ya te he dicho que *niente*!—contestó risueña y dominadora a la vez.

—¡La tomaré sin mantequilla!

—¡Tampoco! Ya estoy harta de oír a la gente llamarte el gordo Tony Pagano.

—¡Pero si yo no soy gordo! Mi cuerpo es robusto, pero elegante.

—Si engordas una libra más te doy el pasaporte, porque a mi la manteca no me gusta ni en la comida.

—Pero, Matilde...—dijo intentando tomar otro dulce.

—¡Quieto! ¡No comas más! ¡Qué hombre!

Furioso, arrojó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—¡Eso es lo que dicen todas! ¡Qué hombre!

De pronto se oyeron unos suaves golpecitos en la puerta.

—¿Quién será a estas horas? ¡Adelante!—dijo Matilde.

La puerta se abrió y entró Eva, elegantemente vestida y con una expresión de felicidad desconocida en su semblante.

—¡Eva!—dijo Matilde corriendo hacia ella y abrazándola.

—¡Hola, Matilde!... ¿Qué hay, Pagano?

El italiano acababa de coger una fuente colmada de tortas y la ocultaba discretamente.

—¡Muy bien, Eva Miller!—contestó, sonriente.

La señora de Robinsón—dijo Eva.

—¿De Robinsón?

—¡La señora de Robinsón, para servir a ustedes!

—¿Es tu alias?—preguntó Matilde.

—No, es de veras... Hace días

que me casé, y, por fortuna, los periódicos nada han dicho.

—¡Oh, tú me cogañas! ¡No puedo creerlo. ¿Dónde están las pruebas?—dijo Matilde.

—La partida de matrimonio, desde luego, la dejé en casa, pero... mira—y le mostró un precioso anillo nupcial.

—¡Oh, cómo brilla eso!... Es una maravilla. ¡Oye, tú, Tony! ¡Ven inmediatamente!

Pagano había dejado la fuente en una mesa del rincón y avanzó hacia las dos muchachas.

—¿Qué hay?

—¿No te da vergüenza, Tony? No me regalas nunca nada. ¡Ah! Mi desgracia es estar condenada a una vida como ésta, yo que nací para tener joyas, palacios y ser una gran señora—dijo alzando los ojos al cielo.

—Matildita... Hijita... Yo...

—¡Mira el gordinflón ese, parado allí, como un imbécil! ¿No has oído lo que ha dicho Eva? Se casó hace una semana, ¿entiendes? ¡Y el marido debe estar forrado de plata, a juzgar por el anillo de bodas! ¿Por qué no la felicitas?

Pero Pagano tenía en el rostro una expresión sombría y miraba a Eva con recelo.

—Pagano, ¿qué le pasa? ¿Por qué me mira así?—dijo Eva.

—Eva, me alegro de tu boda, pero te advierto que en vez de felicitarte... deberíamos compadecerte.

—¿Por qué?—dijo Matilde envolviéndole en terrible mirada.

—¡Oh, mujer senza testa! ¿Crees tú que Morán se va a quedar con los brazos cruzados?

—Bueno, ¿y qué?—contestó Matilde con cómica actitud—. ¿Tú te imaginas que si yo encuentro a mi tipo ideal, voy a pedirte permiso para casarme? ¡Despierta, Tony, despierta!

—¡Bien, Matilde! — exclamó Eva riendo.

Pero el buen Pagano se enfadó y, cogiéndola bruscamente, le dijo:

—¿Sí?... Pues oye: si tú llegaras a casarte con otro hombre, le sacaría el corazón al canalla y me lo comería así.

Y puso un beso en sus labios, que era como un mordisco, y se

alejó refunfuñando hacia la ventana.

Matilde palmoteó de júbilo.

—Te lo comerías con raviolis, ¿eh? ¡Ay, Eva, qué feliz soy! ¡Cómo me adora!

—¿Y tú?

—Aunque riñamos cada hora, nos queremos con toda el alma.

—Ven acá, Matilde, que quiero hablarte.

Se sentaron, y Matilde le preguntó:

—¿Y qué tal tu marido?... ¿Es un buen mozo? ¿Te sientes feliz?

—Es tanta mi felicidad que tengo miedo de que se me acabe.

—Anda, cuéntame cómo fue eso...

—Te diré... La noche aquella que estuviste en casa, ¿recuerdas?, salí con él, fuimos al restorán. Al salir era ya de madrugada. Me propuso que nos casásemos al salir el sol. Yo, al fin, acepté... Nos casamos. Después me llevó a casa de sus padres, unas buenas personas, muy agradables, que me han acogido cordialmente, sin hacerme preguntas. Son muy ricos... ¡y yo soy feliz... tan feliz!

—¡Nunca te he visto tan alegre como ahora!

Pagano, que disimuladamente había conseguido comerse una torta, había visto a través de los cristales, que un automóvil se detenía ante la casa y bajaba de él el detective Palmer.

Volvióse pálido; sospechó a lo que venía.

—Acabo de ver a alguien que seguramente no viene a felicitar a Eva—dijo a las dos mujeres.

—¿Quién es?—le preguntó Matilde.

—¡Palmer!

Ellas se estremecieron.

—¡Maldito detective! —dijo Matilde—. ¡Tanto padre de familia que se malogra, y ese idiota reventando de salud! Ven, Eva. Escóndete en esa habitación, que yo te avisaré cuando se vaya.

La recién casada obedeció, temblando ante la idea de encontrarse con Palmer. ¡Oh! ¿No la detendrían por cómplice de Morán? Ella ya no quería saber nada más de aquel pasado de miserias y vergüenzas.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—*Questo non mi piace*—dijo Pagano.

—¡Vamos, monín, no te pongas nervioso!

Matilde tomó asiento ante la mesa y empezó a saborear su taza de café. Pagano tenía los ojos fijos en la puerta. De pronto se oyó un golpe seco y breve. El italiano, un poco inquieto, fué a abrir.

* * *

Palmer seguía ignorando el paradero de Carlos Morán. En vano había realizado gestiones para averiguarlo. Primero buscó ansiosamente a Eva Miller, convencido de que ella podría informarle ampliamente del destino de su amante. Pero Eva también había desaparecido sin dejar rastro.

Entonces creyó lo más oportuno dirigirse a ver a Matilde. Aunque ésta y Pagano vivían por completo al margen de toda vida de delincuencia, conocían, sin embargo, a Carlón Morán y en otro tiempo habían sido muy amigos de éste. Nada tendría de particular que su-

piesen dónde se hallaba, o, cuando menos, le diesen noticias de Eva Miller, íntima amiga de Matilde. Y con esta esperanza se dirigió tranquilamente aquella mañana a visitarles.

Matilde, tomando tranquilamente su café, vió aparecer la figura hercúlea de Palmer y sonrió con absoluta tranquilidad.

El detective, cuyos ojos recorrieron todos los rincones de la estancia, inició una fina sonrisita.

—¡Hola, Pagano!

—¿Cómo está usted, señor Palmer?—dijo el gordinflón procurando ocultar su nerviosidad.

—Bien. ¿Y qué tal, Matilde?

—¡Hola, Palmer!—dijo ella, fleumática.

—¿Cómo va esa vida?

—Mientras dure como ahora... no tengo por qué protestar... ¿Quieres comer algo?

—¡Gracias! Estoy a dieta.

—Ya ves, Pagano... Y Palmer hace más ejercicio que tú.

—Sin embargo, tomaré un poco de café, si ustedes me lo permiten.

—Con mucho gusto. Puedes beberte toda la cafetera...

—Gracias... Con una taza me basta.

Se sirvió una taza de café y lo saboreó lentamente. Pagano miraba con inquietud a Matilde. Pero ella seguía recomendándole calma... Y el italiano se dirigió hacia la mesa del fondo donde había dejado las tortas.

—¿Y cómo andan las cosas, teniente?—preguntó Matilde a Palmer.

—Teniente, no, sargento... Sin embargo, puede que me asciendan a teniente si logro echarle el guante a un camarada de ustedes, a Carlos Morán.

Pagano se estremeció, Matilde, sin cesar de comer, dijo:

—¡Tú eres un candidato al manicomio, Palmer, si verdaderamente crees que Morán es amigo nuestro!

—¡Bueno! Quizás esté equivocado... Tal vez ustedes no sean amigos de él, pero tú eras íntima de Eva Miller. No lo negarás, ¿verdad?

—Como negarlo, no lo niego, pero hace años que no la veo...

—¡No digas mentiras, Matilde!

¡Hace apenas dos semanas que te vi con ella!

—¿Dos semanas nada más?... ¡Dios mío, cómo vuela el tiempo!

Palmer se echó a reír ante el carácter de aquella criatura y se levantó paseando por la habitación como si buscara algún indicio de Eva.

—Para algunos el tiempo vuela—dijo—, pero para ciertas personas que yo conozco, el tiempo va a andar con pies de plomo. Si ves a Eva Miller, dale un recado de mi parte: dile que la estoy buscando.

—¿Y por qué, Palmer? Tú bien sabes que Eva no tiene nada que ver en ese lío de Sandera.

—Lo sé, pero ella puede ayudarnos a echarle mano a Morán. Necesitamos testigos... y Eva es uno de ellos... y el más importante de todos...

Se había acercado a Pagano que comía a escondidas una de las tortas.

—¡Ajaja! — dijo, riendo —. Tortas calientes, ¿eh?

—Pero... —exclamó Pagano con gesto angustioso.

Matilde lanzó una terrible mirada a su amigo.

—Ahora sí que me he convertido de que eres un gran detective, Palmer. Hace rato que estoy buscando esas tortas... ¡A ver, necio, tráelas! ¡Tráelas, ponlas aquí!

—Matilde, por el amor del cielo! *Non dico certí cosa de fronte di estranì!*

—¡Tráelas, tráelas, ponlas aquí!

—¡Vengo, vengo, vengo! ¡Paciencia!

Las puso sobre la mesa.

—¡Cierra esa boca y siéntate!... ¿Qué pensabas hacer con las tortas?

—Pero, Matilde...

—¡No hay pero que valga!... ¡Pásame la miel!

Ella tomó una de aquellas tortas e impidió que Pagano comiese más. Estaba condenado a dieta hasta que adelgazase.

El detective seguía paseando por la habitación, observando las puertas laterales.

La pobre Eva, desde un escondite, oía aquella voz, aquellos pasos. ¡Oh, si Palmer la detenía, o la interrogaba simplemente! Iba a

romperse todo el castillo de su felicidad y su marido descubriría probablemente lo que había sido ella en su vida pasada.

Palmer mirando a Matilde prosiguió, buscando una nueva táctica:

—Desde luego, Matilde, que si pudiéramos detener a Morán, no necesitaríamos de Eva.

—¿Tonterías, Palmer! Estoy segura de que si hallaran a Morán, lo soltarían a los diez minutos... como siempre.

—Ahora, no, Matilde, de esta no escapará; ese caso es demasiado serio...

Palmer se hallaba frente a la puerta donde se escondía Eva. Matilde comprendió el peligro en que se encontraría su amiguita si al detective le daba por empujar la puerta.

Levantóse prestamente y avanzando al encuentro de Palmer, le tomó por un brazo y le dijo con naturalidad:

—Déjame servirte otra taza de café...

—Gracias; nunca tomo más de una...

—Vamos, no te hagas rogar, teniente...

—Sargento.

—Perdona, pero es que tienes todo el aspecto de un teniente. Acerca una silla...

—¡Gracias!

Y Palmer, hombre al fin, un poco halagado por aquellos cumplimientos, se sentó a la mesa y accedió a tomar otra taza de café.

—¡Cuando le echemos el guante a Morán... va a tener para rato!—dijo.

—¿De veras?

—Con toda seguridad. Y si el niño no es rebelde y se porta bien en la cárcel, lo pondrán en libertad... dentro de noventa y nueve años.

—¿Quieres azúcar?—le dijo Matilde, sonriente.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Uno.

Pero ella había puesto ya tres terrones en la taza, retirando luego uno y sorbiéndolo deliciosamente.

—¡Perdón!—dijo con coquetería.

Pagano, entretanto, procuraba aprovechar la menor distracción de Matilde para tomar alguna golosina, pero su amiguita estaba en todo y frustraba cualquiera de sus intentos.

Palmer, satisfecho del modo que le tentaban, dijo con la mayor amabilidad del mundo:

—Vamos, Matilde... ¿tú sabes dónde está Morán?

—¡Yo?... Te equivocas: no tengo ni la menor idea... Naturalmente que si yo fuera detective me daría un paseito por Filadelfia—contestó recalcando este nombre.

Palmer comprendió.

—Filadelfia, ¿eh?... ¡Tienes razón! No se me había ocurrido eso.

Pagano lanzó una terrible mirada a Matilde. ¿Por qué hablaba tanto?

—Pero no hagas caso de mis consejos... Tú sabes que yo nunca digo nada de nadie... y mucho menos de Morán.

—No te preocupes, Matilde; la virtud que más admiro en ti, a pesar de que tienes tantas, es que no hay nadie como tú... para guardar un secreto. Lo extraño del ca-

so es que desde hace días estoy planeando un viaje a Filadelfia... Nada importante, desde luego.

—No olvides mandarme un recuerdo de allá... aunque sea una tarjeta postal.

—Lo haré...

El detective se levantó y cogiendo el sombrero se dispuso a marchar.

—Oiga, Pagano, usted ha estado en Filadelfia, ¿verdad?

—Sí...

—¿Cuál es el mejor hotel de la ciudad?

—No podría decirle... no recuerdo ninguno ahora—contestó Pagano que no quería comprometer a Morán, sabedor de cómo éste las gastaba.

—Yo conozco un hotel en Filadelfia—dijo Matilde con refintín. *¡Un Gran Hotel!*

—¿De veras?—contestó Palmer, recogiendo la alusión.

—¡Palabra!

—¿Y no sabes el nombre?

—No... Lo único que puedo decirte es que es un *Gran Hotel*.

—¡Mil gracias, Matilde!

Iba a salir. Matilde le preguntó insinuante:

—Oye una cosa, Palmer: ¿verdaderamente tienes mucho interés en ver a Eva Miller?

—¿Eva Miller?... ¡Es la primera vez que oigo ese nombre! ¡Buena, me marchó!

Matilde, contenta al ver que en pago de sus informes desistía de perseguir a Eva, le dijo:

—¡Hasta luego, teniente!

—Todavía no, cuando vuelva de Filadelfia. Pronto nos veremos, Matilde.

Y desapareció prestamente escaleras abajo.

—¡Por mí puedes tardar un siglo porque no me interesa hablar contigo!—exclamó Matilde cerrando la puerta.

Pagano contempló a su amiga con los brazos cruzados.

—¡Matilde, por Dios!... ¿Qué te pasa?... ¡Has perdido la testa!

—¡Cállate!

—Sí, cállate, cállate... es lo único que sabes decir. *Madonna* mía, ¿qué será de mí?

Eva salió de su escondite. Estaba pálida, aterrorizada. En sus

ojos se proyectaba la angustia. ¡Haber denunciado a Morán era ir hacia la muerte!

—Matilde — murmuró tristemente—, ¿sabes lo que has hecho?

—Sí, la mejor acción de mi vida.

—¡Eres tan buena, Matilde! Pero no debiste hablar así. ¡Morán es tan terrible!

—Eso le decía yo—exclamó Pagano.

Matilde envolvió con su mirada de ternura a su amiga.

—Repito que he hecho la mejor acción de mi vida. He tratado de asegurar tu felicidad, Eva. ¡Ahora, vete! Tu puesto está en casa de tu marido y olvida que has conocido a los Pagano y a Morán... ¡Vete y sé feliz!

* * *

Carlos Morán, el peligroso aventurero, se hospedaba bajo un nombre supuesto en el Gran Hotel de Filadelfia.

A esta ciudad llegó una mañana el detective Palmer en compañía de uno de sus agentes. Estaba dis-

puesto a echar el guante al criminal.

Palmer se había enterado de que Morán se hospedaba en el hotel bajo el nombre de Anderson.

Fué al hotel y habló largamente con el gerente, tomando informes del huésped sospechoso. Se hallaban junto a la pequeña central telefónica del establecimiento. De pronto, llamaron de Nueva York, preguntando por el señor Anderson.

La telefonista cedió el teléfono a Palmer, quien de esta manera se enteró de la conversación que sostenía Roche, uno de los ahlindos a la banda de Morán, con este.

—¡Hola, tú!—decía Roche—No hemos encontrado a Eva en parte alguna. La hemos buscado afanosamente. Parece como si se la hubiera tragado la tierra.

Morán, que se hallaba cómodamente sentado en un diván de su habitación, contestó:

—Búscala, Roche; es necesario hallarla. Eva es mi única salvación. Búscala por todas partes y no pierdas de vista a Matilde, que ellas dos son muy amigas.

Palmer no quiso oír más. Dejó el teléfono.

—¿Tiene usted la llave?—dijo al gerente.

—Esta es.

—¿Vamos!

Momentos después empujaban sigilosamente la puerta entornada de la habitación de Morán. Este, distraído, seguía en el teléfono.

—¿Cuándo llamarás, Roche?
¿Mañana?... ¡Confío en ti!...
¡Muy bien!... Yo esperaré aquí...

—¡Aquí, no, Morán!.. ¡No seas tan optimista!—contestó una voz enérgica detrás de él.

Morán volvióse rápidamente y vió con espanto al detective Palmer y a otro agente. ¡Ah, los malditos!

Sin embargo, dueño de sus nervios, disimuló.

—¡Hola, Palmer!

—¡Regístrele!—ordenó el sargento a su subordinado.

Este avanzó hacia Morán y le quitó una pistola que llevaba en la americana.

—¿Qué pasa?—protestó Morán.—¿Por qué se me trata así?

¿Soy acaso un ladrón o un criminal?

—Sí. Y te habrías puesto en combinación con Eva para burlarte de nosotros.

—¡Ah, ya comprendo!—dijo friamente—. Roche no ha podido dar con Eva, porque la tenéis a la sombra. ¿verdad?

El agente le registró el gaban, sin encontrarle arma alguna.

—De manera que Eva os dijo dónde estaba yo?—continuó diciendo Morán, creyendo que aquella le había traicionado, revelando su paradero.

—¡Eva no tiene nada que ver con esto!

—¿De veras?... Ella era la única enterada de todo... Pero cuando yo salga...

—Cuando tú salgas, los nietos de Eva serán abuelos... Y, ¡ea!, salgamos inmediatamente, no perdamos tiempo.

—Bueno, Palmer, ¿y por qué me arrestas?

—Tu nombre es Morán... y te has registrado en el hotel como Anderson, ¿no es cierto?

—Lo hice porque Anderson es

un nombre menos común que Smith, y así os sería más fácil encontrarme—repuso con ironía.

—¡Y así ha sido! ¡Gracias! Además del cambio de nombre, queremos ver si tú puedes decirnos algo acerca de la muerte de un individuo llamado Sanders.

—¿Sanders?... ¡El nombre me suena!

—¡Y dentro de poco te sonará más! De todas maneras, Morán, vente con nosotros. Oiga, Joe—añadió, dirigiéndose a su acompañante—. ¡Dele el presente que le trajimos de Nueva York!

El agente sacó unas esposas y se las puso en las muñecas a Morán, quien, sonriente, siguió a los policías sin inmutarse en lo más mínimo, convencido de que su buena estrella no se eclipsaría para él y pronto recobraría la libertad.

* * *

Habían transcurrido varios días. Aquella tarde, los señores Robinson habían regalado a Eva un precioso brazalete de brillantes.

Los dos sentían por Eva una profunda simpatía, convencidos de que su hijo había sabido escoger bien. ¡Eva era tan buena, tan mujer de su casa, tan llena de ingenuidad! A pesar del aspecto romántico que había tenido aquella boda, Roberto no se había engañado; la elegida era una digna compañera de su hogar.

—¡Nuestro regalo de bodas llega un poco tarde!—decía el señor Robinson—. Pero la culpa no es nuestra, sino de Roberto...

—Si no hubiésemos hecho el matrimonio tan de prisa, estoy segura de que Roberto se habría arrepentido—contestó Eva, sonriente.

—¡No lo creo, Eva!—aseguró la bondadosa madre.

—Yo siempre había dudado del criterio de Roberto, pero no me queda más remedio que confesar que tiene muy buen gusto—agregó el padre.

—¡Oh, qué lindo brazalete!—comentó Eva—. Estas atenciones de ustedes me dan ganas de llorar.

—¿De llorar...? ¿Y por qué?

—¡Porque soy demasiado feliz!

Cerró los ojos y lanzó un pro-

fundo suspiro. Su vida resplandecía como nunca. Había olvidado ya por completo el pasado y creía que nunca podría resucitar. Se entregaba feliz y confiada a esa vida presente que ella no había podido soñar nunca... Los Robinsón la querían como a una hija, Roberto la adoraba con locura...

Roberto entró de puntillas en la habitación y abrazó tiernamente a su esposa sin que ésta le viera.

—¡Ah, qué susto me has dado!—dijo Eva, dulcemente, besando a su marido.

Roberto se echó a reír.

—¿Te fijas, papá? ¡Ya empieza a tenerme miedo! Y otra cosa, Eva, ¡ya estamos descubiertos!

—¿Qué quieres decir?

—¡Sí, alguien nos ha vendido! le dijo mostrándole un periódico—. Mira lo que dice esta noticia: "Roberto Robinsón se casa secretamente. El hijo del famoso banquero se fuga con la señorita Eva Stanton."

—Moraleja—dijo el señor Robinsón—: "No trates de ocultar nada a la prensa".

—Mejor que eso: "No tengas

nunca secretos"—dijo Roberto—. De cualquier modo, me alegro: así mamá no tendrá que hacer participaciones. ¡Imagínate la cantidad de dinero que vas a ahorrar en sellos de correo, mamá!

Eva, leía entretanto la noticia y de pronto se fijó en otro suelto con grandes titulares que decía así:

Carlos Morán, el famoso aventurero, ha sido detenido en el Gran Hotel de Filadelfia. Se le acusa del asesinato de Sanders.

Sintió como si le desgarrasen el corazón. Aquella noticia del pasado erizó su piel y puso en su rostro una palidez enfermiza... ¡Gran Dios! ¡Morán detenido! Tuvo el presentimiento de que la amenazaba algún grave peligro, de que peligraba el edificio de su felicidad. Morán era una eterna amenaza contra ella, era el pasado que se erguía implacable para sostener sus derechos. ¡Si Morán la denunciase, si Morán creyera que ella era culpable de su detención, estaba perdida!

Bien ajenos todos a lo que pasaba por el alma de Eva, la señora Robinsón decía en aquel momento:

—Tenemos que dar un baile en honor de Eva.

—No, mamá. Nos casamos en secreto para evitar todo eso... Cuando regresemos de Europa te aceptaremos todas las fiestas que tú quieras. Ahora, a disfrutar de nuestro viaje de luna de miel, ¿verdad, Eva?

Ella, sorprendida, le miró. No sabía lo que había dicho, cosimismada en su penosa concentración.

—¿Eh?... ¡Bueno!... Yo no sé que decir... ¡Decide tú!

—¡Ya ves!—exclamó Roberto, dulcemente—. ¡Eva piensa como yo!... Nada de bailes, ni de fiestas. ¡Luna de miel y nada más! Dentro de unos días saldremos para Europa.

Y volvió a acariciar a la dulce dueña de su corazón y Eva sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y tuvo el presentimiento de que aquella felicidad, tan inesperada y divinamente lograda, no sería duradera.

* * *

Semanas después, el señor Tony Pagano se hallaba sentado a

una de las mesas del restorán de su propiedad.

Aprovechando la ausencia de Matilde, había ordenado que le sirviesen una succulenta ración de macarrones.

Pero en el instante en que el camarero se los ponía en el plato, vió Pagano aparecer a Matilde, e inmediatamente, temiendo una seria reprimenda de su amiguita, dijo al mozo:

—¡Qué demonios! ¡Tú nunca me entiendes! ¡Te he dicho que quiero un plato de sopa!

Le hizo señas significativas y el camarero comprendió.

—¡Perdone, patrón, me he equivocado!

—¡Llévate eso! ¿No sabes que los macarrones me hacen daño al estómago? ¡Ah, oye! Estoy esperando una llamada del señor Hansefeffer... Ten cuidado con el teléfono, que es muy importante.

—Sí, señor—dijo el criado, sonriente.

—Tráeme la sopa...

—¡En seguida!...

Se alejó el camarero, y entonces Pagano simuló fijarse en Matilde

que de pie junto a él había escuchado la conversación.

—¡Ah, Matilde! ¡Preciosita! ¿Andabas de compras?

—¡A la vista está!—le dijo ella mostrándole unos paquetes—. Y qué, ¿te pesaste esta mañana? ¿Cuántas libras?

—¡Ciento noventa!—contestó bajando tímidamente los ojos.

—Una libra más, ¿eh?

—¡Desgraciadamente!

Apareció el camarero.

—¡El señor Hansefeffer al teléfono!

—¡Voy en seguida! ¡Uf, qué lata!

—¿Tomaste tu leche?

—¡Leche... leche!... *Lei crede che'io sono un becerro! Dio mio santo, Benedetto, parla sempre de late... io ettoy moriendo de la fame y parla siempre de late.*

Y refunfuñando se marchó, mientras Matilde se disponía a comer el espléndido y succulento menú del día.

Pagano no era tan tonto como parecía. Entró en la cabina del teléfono, donde el camarero le había dejado el plato de macarrones. Y

empezó a comerlos con toda delicia, libre de miradas indiscretas, mientras aquél vigilaba desde el exterior para que nadie molestase al dueño...

A veces se reía. ¡Señor! ¡Las cosas que había que hacer en el mundo para complacer a las mujeres! ¡El pobre señor Pagano debiendo comer a escondidas como si estuviera realizando un crimen!

Entretanto, Eva Millera había llegado al restorán y preguntaba a un camarero:

—La señorita Matilde Barnes, ¿está aquí?

—Sí, señorita; en aquella mesa del fondo.

—¡Gracias!

Avanzó hacia la mesa.

—¡Matilde!

—¡Eva!

Se saludaron efusivamente.

—¡Siéntate, Eva, siéntate!

Eva se sentó.

—Querida...

—¡Oh, Eva, cuánto me alegro verte! Pero no debías venir. Los amigos de Morán andan rondando la casa.

El semblante de Eva adquirió



— ¿Me están traicionando?



— ¡ Todo aquel que sabe mis intimidades, tiene que permanecer a mi lado. —



— ¿Te fías, papá? ¡Ya empieza a hacerme miedo!



— ¡Estoy desesperada! ¡No sé qué hacer, Melilda, no sé qué hacer!



— ... Nicieste muy mal en casarse con una mujer de quien nada es absoluto seguro



— ¿Quién quiere al niño tan rico?



... se alista esperando por unos brazos fuertes y poderosos ...



— ¡Ha venido a buscarme porque su hijo está desesperado... y quiere verle!

una profunda tristeza. Sus manos se abatieron con melancolía. En los grandes ojos rasgados brilló una triste lucecilla.

—¡Estoy desesperada!... ¡No sé qué hacer!

—¿Qué te pasa?... ¿Morán cantó ya?

—¡No!

—Pues entonces, ¿por qué te preocupas?

—No es por mí, Matilde; es que estoy...

Y la contemplaba con angustiosa ternura.

—¡Ah! ¿Quieres decir que ya...?

—Sí.

—¡Bravo por la mamaita! ¡Qué suerte tienes! Pero oye: ¿desde cuándo es eso una mala noticia? Tú siempre decías que deseabas tener un niño, ¿no es cierto?

—Sí, pero ahora... no sé, no puedo dormir ni comer. ¡Estoy avergonzada de mí misma! ¡Yo no creo ser una mujer digna de traer hijos al mundo!

—¡Qué tontería!

—¡Voy a contárselo todo a Roberto... a decirle la verdad... to-

da la verdad! ¡No puedo seguir engañándole!... Roberto debe conocer mi pasado y perdonarme, para que mi hijo nazca de una mujer santificada y no culpable...

Matilde la contempló con severidad y replicó:

—¡Si lo haces, mereces que te ahorquen!

—¿Pues voy a hacerlo!

—Pero oye, ¿no te vas para Europa?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El miércoles.

—Es decir, dentro de dos días. ¡No seas niña, Eva!... Cuando regreses de Europa, ya nadie se acordará de Morán; o será un número más en la cárcel... o habrá ido a parar a la silla eléctrica... Ésta es tu única oportunidad de ser feliz... Si ahora le dijese a tu marido toda la verdad, destruirías tu felicidad y la suya. Los hombres prefieren la ignorancia, aunque digan lo contrario, a saber ciertas verdades amargas que ofenden su orgullo varonil. ¡No pierdas esa felicidad, Eva, no la pierdas!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Eva guardó unas instantes de silencio, al cabo de los cuales contestó:

—¡Tienes razón, Matilde! ¡Le he dicho a Roberto que es el primer hombre a quien he querido, y no le mentí! Al fin he logrado lo que tanto ambicionaba, lo que casi creía un sueño, y no es justo que lo deje perder miserablemente. ¡Tienes razón, Matilde! ¡Seguiré tu consejo!

—Así me gusta. Pero voy a darte otro más: ¿le dijiste a Roberto lo del niño?

—Todavía no...

—Pues anda a darle la noticia. Si yo fuera hombre, no le perdonaría a mi mujer que le dijese eso a una amiga antes que a mí. Anda, vete a tu casa y pronto, que éste no es sitio para ti...

—Gracias por todo... y adiós, Matilde.

—Hasta otro día, y no olvides lo que te he dicho.

Las dos amigas se separaron. Eva salió más confiada, más serena. Las frases de Matilde tenían siempre el poder de llenar de paz su alma.

Pagano, que había dado cuenta al fin de su plato de macarrones, volvió a la mesa de Matilde. Vio aún como Eva salía del restorán.

—Ésa que acaba de salir es Eva, ¿verdad?—dijo a Matilde.

—Es la primera vez en tu vida que das en el clavo—le contestó con indiferencia.

—Si en verdad eres amiga de Eva, dile que no vuelva por aquí. Vienen ciertos amigos de Morán y no querría...

—Cuando tú vas, yo vengo... Siéntate y toma tu leche.

—Es curioso, pero no tengo hambre. ¡No me apetece nada!

—Sea como sea, tienes que tomar algún alimento para conservarte fuerte.

—¡Está bien!

—¡Y lo mismo tengo que hacer yo!

—¡Como quieras!

Y el pobre Pagano se vió en la precisión de beber su leche. ¡Esta vez sí que aumentaba una libra más!

* * *

Uno de los afiliados a la banda de Morán, sentado a una de las

mesas del restorán de Pagano, había estado espiando a Eva.

Poco antes de que ella se despidiera de su amiga, aquel hombre salió del restorán y se detuvo en la acera haciendo una seña significativa a otro individuo que junto a una tienda de flores permanecía en actitud de vigilancia.

No tardó en aparecer Eva, y llamó un taxi, dándole la dirección de su casa. Se sentía animada, fuerte, tras la inyección de optimismo que le había dado su amiga. Viviría para el mañana, para la nueva vida que se formaba en su ser, para el compañero de su existencia.

Entró en el taxi y, antes de que hubiese cerrado la portezuela, un hombre envuelto en un abrigo y con un sombrero calado hasta los ojos penetró en el mismo y tomó asiento a su lado.

Eva ahogó un grito de espanto. Había reconocido en aquel sujeto a Roche, uno de los amigos y secuaces de Carlos Morán. Dominando su terror, preguntó:

—¿Qué desea usted?

Roche, riendo socarronamente,

con una risa fría que helaba la sangre, le dijo:

—Morán quiere verte.

—Pero yo no quiero verlo a él. ¡Apécese inmediatamente!

—Oye, Eva, déjate de altanerías... Es cierto que Morán está en la cárcel, pero algunos de sus amigos están fuera y son capaces de todo por salvarle. No lo olvides.

—¡Morán y sus amigos no me importan lo más mínimo!—respondió fieramente.

—Porque te marches el miércoles a Europa, ¿verdad?

—¿Quién ha dicho eso?—exclamó sorprendida.

—Todo se sabe. En estos últimos días no hemos hecho sino vigilar a tu marido, y es bueno que sepas que tienes que ver a Morán... o renunciar al viaje de novios.

—¿Y si rehuso verle?

—Entonces no pienses más en Europa, porque ¿cuál es el objeto de una luna de miel... sin marido?

Eva comprendió el siniestro alcance de aquellas palabras y contestó, comprendiendo, llena de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

amargura, que debía resignarse:

—Está bien. Iré.

—¡A la prisión del Estado!—
dijo Roche al chofer.

Sin decirse nada más, llegaron al grandioso edificio de la prisión.

Eva sentíase inquieta, nerviosa. ¡Si alguien la viese y fuese luego a contárselo a Roberto! ¡Qué horror!

Cruzaron rápidamente los corredores, llenos de gente que aguardaba turno para visitar a los presos.

Dos reporters que habían ido a recoger información contemplaron sorprendidos a Eva que avanzaba sin mirar a nadie, seguida de Roche.

—Mira, ¿la conoces? ¡Es Eva Miller, la amiga de Morán!

—¿Qué gran noticia!

—¡Viene a visitarlo!

—¡Con una fotografía tendríamos un éxito!

—Se la haremos a la salida.

Ajena a que la hubiesen descubierto ya, Eva pasó a una dependencia donde detrás de unas gruesas rejas apareció la figura de Morán.

Eva contempló con repugnancia a aquel hombre que estaba pálido y tenía los ojos cargados de ferocidad. ¡Y ella había podido pertenecer en la intimidad, a aquel miserable!

El bandido la contempló codiciosamente y le dijo:

—¿Dónde está tu marido?

A la vista de Morán sintió Eva deseos de rebelarse, de impedir que intentara dominarla. Lucharía hasta el fin. En su ser germínaba una nueva vida y era preciso que defendiese su felicidad.

—¿Y a ti qué te importa?—le contestó.

—¡Me gustaría conocerlo, y te aseguro que él me agradecería mucho el que yo le dijera ciertas cosas... que yo sé de ti... especialmente que eres una traidora!

—¡Eso no es cierto, Carlos!

—¡Tú sabías dónde estaba yo y me delataste!

—¡Yo no he dicho nada!

—Perfectamente. Pues si no me denunciaste a la policía, quiere decir que sigues siendo mi amiga, ¿verdad?

—¡No! ¡Entre nosotros todo ha terminado!

—Pero todavía puedes hacer algo por mí... ¡y lo harás!... Quiero que te presentes al Tribunal y declares que la noche del asesinato de Sanders yo estuve contigo toda la noche, ¿entiendes?, *toda la noche*.

—Yo no puedo hacer eso.

—¡Está bien!... Entonces...

—Tú estás aquí por sospechas nada más, pero si las autoridades pudieran probar que tú fuiste quien mató a Sanders, las cosas cambiarían de aspecto.

—¡Cállate, que pueden oírte!— dijo, aterrado—. Hablas como un abogado. Pero, necia, ¿cómo crees tú que van a probar que yo maté a Sanders?

—Muy fácil; obligándome a declarar, porque yo no podría decir sino la verdad.

—Si hicieras eso, no saldrías viva del tribunal.

—¡Poco me importa! ¡No tengo miedo! ¡Prefiero mil veces morir antes que declarar lo que me has propuesto! Yo he sido leal contigo, Carlos, muy leal... Me separé

de ti porque era libre... y porque debía hacerlo. Ahora se me ha presentado la oportunidad de ser feliz y lucharé con todas mis fuerzas para conservar mi felicidad.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—¿Qué? Oyelo bien, Morán. Si me haces ir a declarar como testigo, o si mi marido sufre cualquier daño por tu causa, diré todo lo que sé, ¿entiendes?... todo... ¡y entonces no serán varios años de cárcel, sino la silla eléctrica!

—¡Ya veremos!

Habían terminado los minutos reglamentarios de visita. Apareció un agente de la prisión. Eva salió, dirigiendo una mirada de desprecio a Morán. Este la contempló con sorda rabia. ¡Ah, maldita, algún día se la tendría que pagar!

Eva bajó la gran escalinata de la prisión que conducía a la calle. Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de que un periodista acababa de fotografiarla.

—¡Ya está!—dijo el reporter alegremente.

Y subiendo a un auto marchó hacia la redacción con la máquina que llevaba tan importante cliché.

Aquel atardecer, Eva, después de haber efectuado varias compras en distintos establecimientos de la ciudad a fin de prepararse para el viaje a Europa, volvió a su casa.

Su alma estaba tranquila. Le parecía que Morán no la mezclaría en sus asuntos.

Al entrar en la salita donde acostumbraban reunirse antes de cenar, un espectáculo inolvidable se presentó ante sus ojos. El adusto banquero, señor Robinsón, severo y rojo de ira, se paseaba por la sala. Su esposa, que tan buena había sido con ella, permanecía en un rincón, con la cabeza baja, sin atreverse a mirarla... Roberto estaba pálido, con la desesperación retratada en la mirada... Y en las manos del padre se agitaba, siniestro, un periódico.

Antes que ella pudiera preguntar a qué obedecía aquella actitud de disgusto, de aplanamiento, el señor Robinsón le mostró con in-

dignación el diario de la noche. Y los ojos asustados de Eva vieron su fotografía en la primera plana del diario y bajo la cual había este epígrafe en gruesos caracteres:

Eva Miller, la amante de Morán, el presunto asesino de Sanders, visita a éste en la prisión.

Eva dejó caer el periódico con una languidez de vencida. Sus sueños se desplomaban de pronto. Todo moría bajo aquella noticia implacable.

—¡Por favor, déjenme explicarles!—murmuró.

El señor Robinsón se acercó violentamente a ella.

—No pierda su tiempo, señorita—le dijo con rudo acento—. Todo está tan claro que no necesita explicaciones. ¿O es que usted se atreve a negar los hechos?

Roberto avanzó hacia su padre. No podía ser, era imposible que aquella mujer tan amada, tan pura, se hubiese hundido en el fango. El amor que sentía por ella era tan inmenso que lo dominaba todo, aun la sospecha, aun la realidad.

—Un momento, papá—murmuró.

rá—. Eso es injusto, porque Eva...

—¿Cómo sabes tú que se llama Eva?—gritó su padre—. ¿No dijo que su apellido era Stanton y ahora resulta que es Miller?

El joven inclinó la cabeza... Eva, sin disimular su culpa, pero con noble serenidad, respondió:

—Mentí, es cierto, mentí, porque deseaba regenerarme y olvidar el pasado, y, sobre todo, olvidar que me había llamado Eva Miller.

—¿Quería usted regenerarse a costa nuestra? Roberto, ¿qué dices a eso?—gritó el padre, exasperado.

El pobre muchacho, que era todo corazón, que no conocía el mal, que tenía puesta una fe ciega en su mujer, estaba como atontado, como aniquilado bajo el inesperado golpe. Pero una sola voz se escuchaba en el fondo de su corazón. Era preciso perdonar. Hombre educado en las ideas modernas, rechazaba el pasado, si de él surgía gloriosamente la regeneración.

—¡No sé, papá, no sé!—murmuró—. Si ella es culpable, yo

también lo soy. Yo no puedo arrojar piedras ni recriminar a quien no me ha engañado, porque yo la acepté como ella era, sin averiguar nada de su vida.

—Si lo hubieras hecho, nos habríamos evitado esta escena—dijo el señor Robinsón.

—¿Qué querría que yo haga?—clamó el joven con desesperación—. ¿Que la arroje a la calle? ¡Imposible! Ya te he dicho que soy tan culpable como ella. ¡Ella no me preguntó quién era yo, y así como soy el hijo de un banquero, bien pude resultar un ladrón o un asesino!

Eva con lágrimas en los ojos miró a su marido y le agradeció su bondad, su generosidad, su defensa.

—Yo pensaba contártelo todo, Roberto, pero tuve miedo de perderte; ¡era tan feliz a tu lado! Además, cuando yo te conocí, ya nada tenía que ver con ese hombre; yo era libre.

—Si usted nada tenía que ver con Morán—preguntó el señor Robinsón—¿por qué fué a verlo a la cárcel?

—Porque él me necesitaba, y me obligó con amenazas, y yo...

Roberto miró a su padre.

—¡Este asunto sólo concierne a Eva y a mí!

—Es verdad—dijo la madre con voz piadosa, pues al fin mujer, se compadecía de Eva—. ¡Roberto tiene razón! ¡Vámonos!

El banquero, para quien el honor y la reputación significaban más que todos los sentimientos cristianos de su esposa, dijo con voz resuelta:

—Sí, pero antes de irme, quiero preguntarte una cosa, hijo mío. ¿No crees tú que es preciso hacer algo para poner fin a esta situación enojosa?

—¡Desde luego que sí!—respondió el joven, desorientado aún por la implacable tiranía del destino—. Esto me duele a mí, muchísimo más que a ti, y, sin embargo...

—Si es así, ¿por qué no tomas una determinación?

—¡Porque yo soy su marido, no su juez—gritó—, y mi obligación no es ponerme del lado contrario,

sino defenderla... aun contra mis propios padres!

—Es mucha caballerosidad, Roberto, para la "amiga" de un asesino... una mujer cualquiera, una...

—¡Por Dios, señor Robinson, tenga piedad de mí!—dijo la pobre Eva.

—Perdóneme, señora, pero lo que he dicho es... lo que he leído en los periódicos. Mi mujer tiene razón: este asunto no nos concierne, y por lo tanto no tenemos derecho a opinar. Pero como padre tuyo, Roberto, tengo algunos privilegios, y quiero ejercerlos. Roberto, hiciste muy mal en casarte con una mujer de quien nada es absoluto sabías. No te haré cargos porque eres un hombre libre, pero no debes recriminarme si me exalto y digo la verdad.

—Pero, papá, tú sabes...

—Señora—prosiguió diciendo el padre con la dura actitud de quien no está dispuesto a perdonar—. Yo, como es natural, no procederé como usted, Eva, procedió con él, sino honradamente, porque soy su padre y le quiero. Roberto, siento de todo corazón lo que ha pa-

sado, pero tu honor, que es el mío, me obliga a salvarte de esta ignominia.

El joven no estaba dispuesto a perder a Eva, desoía los consejos de su padre y le respondió:

—Papá, te lo agradezco mucho, pero ya te he dicho que este asunto es cosa mía.

Y acarició a su mujer que lloraba en silencio como una mártir.

—¡Está bien! Haz lo que te plazca, pero ten presente que o te separas de esa mujer... o no vuelves más a esta casa... ¡Escoje!

—¡Papá!

Eva irguió su cabeza, y sus ojos, llenos de lágrimas, miraron a su marido y luego a Robinsón.

—¡No, no, eso nunca!—exclamó—. Oyeme, Roberto, tu padre tiene razón: yo no soy más que una cualquiera, una... eso que él iba a decir.

—¡No, Eva!—suspiró el muchacho.

Pero Eva se había dado cuenta de lo amarga y trágica que iba a ser en lo futuro su vida con aquella gente que proyectaría siempre sobre ella la sombra del desprecio...

Y ese desdén, esa crueldad, alcanzaría también a Roberto, y ella le amaba demasiado para hacerle partícipe de su dolor.

—¡No me culpen a mí!—prosiguió—. ¡Menti por amor, únicamente por amor! ¡Yo estaba hambrienta de un cariño honrado y limpio como el que tú me ofrecías... y no tuve fuerzas para renunciar a él! ¡Y tú has sido tan bueno y generoso conmigo! ¡No me culpen, se lo suplico! ¡Si ustedes supieran con cuánta sinceridad les he querido a todos, estoy segura de que me perdonarían! ¡Adiós!

Y tomando una rápida resolución, apartó bruscamente a Roberto y salió de la sala, ahogando un sollozo.

Roberto, loco de amor por ella, intentó seguirla, pero su padre le detuvo:

—¡Oye, hijo mío, no te dejes convencer por ese gesto de renunciación y arrepentimiento! ¡Esa chica es más lista de lo que tú crees! ¡Te abandona, no por vergüenza, sino porque teme que yo te desherede! Para esas desespe-

raciones amorosas el mejor remedio es... un cheque cada tres meses.

—¡Papá, por Dios, no seas así! Voy en busca de Eva. ¡La quiero!

—¡No seas loco! ¡Es indigna de ti! Su pasado nos mancharía a todos. Vamos, Roberto, calma. No te pongas nervioso, deja esto de mí cuenta... Un viajecito a Europa te sentará muy bien.

—¡No... no! ¡Mamá... mamá!

Y la madre le consoló tiernamente, pareciéndole que era como un niño atormentado por el primero y trágico desengaño del vivir.

* * *

Había transcurrido casi un año desde que Eva Miller saliera de casa de sus suegros, con el peso de su desgracia y la pérdida de sus más caros ensueños.

Valientemente hizo frente a la vida. No por ella, sino por el ser que latía débilmente en sus entrañas. A ella le hubiera dado lo mismo morir...

Fué una triste y trágica prueba la de encontrar trabajo para sostenerse. Por fin, cuando su hijo vino al mundo, Matilde y Pagano, que tras incesante búsqueda dieron con la joven, atendieron noblemente a que nada faltase a la pobre madrecita.

Se hallaba en el hospital en una de las salas de preferencia que habían costado sus buenos amigos.

Al día siguiente de haber nacido el pequeño, Matilde y Pagano fueron a visitarla.

Mientras esperaban ser recibidos, Pagano se pesó en una báscula.

—No puedo remediarlo—le dijo Matilde—, la gordura es mi debilidad. ¿Cuánto pesas?

—¡Doscientos cuatro!

—¡Qué horror! ¿Hasta cuándo quieres que te diga que detesto la gordura?

—¡Matilde! ¡Es el bastón!

—Sí... sí... En fin, vamos a ver a Eva.

Llegaron a una habitación donde una "nurse" cuidaba del niño. ¡Qué hermoso era! La pareja lo

acarició y luego entró en el cuarto de Eva.

La pobre enferma tuvo una gran alegría al ver aquellos buenos amigos, tan leales, tan fieles siempre.

—¡Matilde!

—¡Qué bien estás, Eva!

—¡Hola, Pagano! Mil gracias por las flores.

—Acabamos de ver a tu hijo— dijo Matilde.

—¿Qué te parece? Es bonito, ¿verdad?

—¡Una preciosidad! Yo tengo ganas de encargarme uno... ¿Cuestan mucho?

—¡Oh, sí! ¡Más de lo que una se imagina!—contestó, suspirando.

—Pero ya, gracias a Dios, no tienes por qué preocuparte. A Morán lo condenaron a prisión perpetua, y tu marido, después del nacimiento del chico, supongo que estará deseoso de reunirse contigo.

—No, Matilde. ¡Creo que eso va a ser imposible!

—¡Déjate de tonterías! Ahora tienes que pensar más en tu hijo que en ti misma. Además, tu mari-

do está en la obligación de hacer algo por el chico. ¿Qué se ha creído el necio ese? ¿Que un muchacho es obra de la madre nada más?

—No, Matilde; mi hijo sólo me tiene a mí... ¡y es bastante!

—¡Y a su tía Matilde!

—¡Y a su tío Pagano! ¡De ahora en adelante yo me encargaré de que no le falte nada al *bambino*... ni a la madre!

—¡Por ese ofrecimiento te has ganado un sandwich de jamón!— le dijo Matilde dándole un beso.

—¿Por qué no me lo cambias por un plato de macarrones?

—¡Nunca os agradeceré bastante todo lo que hacéis!— suspiró Eva—. Lo único que yo quiero al salir de aquí es... un empleo.

—Eva, eso es de mi cuenta— dijo Pagano.

—¡Qué suerte tienes!— dijo Matilde—. Ya me había olvidado de que Tony necesita una cajera.

—¿De veras?

—En efecto, Eva.

—¡Qué buenos son para mí! ¡A cual mejor de los dos!

—Matilde es la buena... *Lo so-*

no un povero uomo innamorato que hace todo cuanto ella quiere...

¿Non e vero, carissima Matilde?

—¿Por qué hablas tanto en italiano?

—¡Ah! Para decir ciertas cosas, no hay idioma mejor que el nuestro, Matilde queridísimo.

Entró la "nurse" con el niño en brazos, para que su madre lo amamantase.

—¡Ya es hora de almorzar!— advirtió la recién llegada.

—¿De almorzar? — exclamó Pagano—. ¿Dónde? ¿Aquí?

—No es para ti... es para el niño—dijo Matilde.

—¡Ah... yo creía!... Entonces... ¿debo marcharme?

—Naturalmente que sí... Anda... vamos. ¡Hasta luego, Eva!

—¡Addio!

—¡Adiós!—dijo Eva.

Pagano acarició al pequeño.

—¡Feliz tú, criaturita, que masgias cada vez que tienes hambre!

—¡Siempre pensando en la comida!—comentó Matilde cómicamente exasperada—. ¡Anda, vamos!

Y Pagano salió corriendo pues

se le había despertado un apetito voraz.

Pagano le dió el empleo de cajera del restorán... Y Eva vivía, si no muy feliz, porque esto era ya imposible en ella después de la tormentosa vida pasada, a lo menos tranquila, resignada, con el amor de su hijito... Pero muchas veces, Matilde la había sorprendido llorando sobre la rubia cabecita de la criatura, y aquellas lágrimas quemaban el buen corazón de la amiga de Pagano. Matilde no tendría grandes nociones de moral, pero su alma era tierna y comprensiva... Era sentimental y delicada por instinto... Comprendía que la única cura para Eva era volver al lado de Roberto, y por fin un día Matilde se dispuso a dar el paso definitivo para lograr aquella reconciliación.

Se dirigió a la mansión de los señores Robinsón. Vistióse elegantemente, llevando en la mano un perrito pequinés, una verdadera miniatura. Se hizo anunciar como

empleada del Censo y esperó tranquilamente a ser recibida.

—¡Dígale que pase!

El mayordomo entró en la salita donde aguardaba Matilde.

—La señora Robinsón la espera.

—¡Bien! Cuideme a "Hércules".

Y le entregó el perrito, que el criado cogió por la piel como un despojo y lo tiró rabioso en un sillón.

Matilde entró en la salita donde estaba la señora Robinsón. Con su aire jovial, avanzó hacia ella.

—Empleado del Censo, ¿verdad?—dijo la dueña de la casa.

—Sí, pero vengo extraoficialmente... ¿Es usted la señora Robinsón?

—Sí.

—Mi nombre es Matilde Barnes.

—Síntese.

—¡Gracias!

—Usted dirá.

—Vengo a participarle que la población de esta ciudad ha aumentado en una cifra más... ¡Y qué cifra!... Pesa quince libras ne-

tas... sin contar la camisa y los pañales... ¡Y lo mejor del caso es que se parece a usted, señora Robinsón, tanto como a su propia madre!

La señora Robinsón la miró extrañada.

—Verdaderamente, no entiendo...

Matilde prosiguió:

—Tiene usted razón... he sido demasiado rápida... Lo que ocurre, en dos palabras, es que usted, quieralo o no, ya es abuela. Sí, señora, abuela y la felicito. Lo lógico sería decirselo al padre... antes que a nadie... pero como él no quiere dar la cara...

Con temblor de emoción escuchó la señora Robinsón aquellas palabras. ¡Era abuela! No pudo sustraerse a una íntima ternura de su alma, a la maravilla de una nueva maternidad. Pero reprimió su ímpetu y se limitó a defender al hijo ausente:

—Mi hijo está en París arreglando ciertos asuntos de importancia.

—¡París! Ya me imagino cómo se pasaría el tiempo bebiendo

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

champaña y "charlando" con las francesas, mientras su pobre mujer estaba dando a luz... Yo no he venido a criticar a nadie... pero la verdad a veces hay que decirla. Hablando de otra cosa, ¿me permite usted dos palabras?

—Sí, pero...

—¡Mil gracias!—contestó nerviosa y agitando en el asiento—. Ante todo quiero advertirle que Eva no sabe que yo he dado este paso, que de saberlo, se disgustaría, porque ella, aunque parezca mentira, tiene su poquito de orgullo.

—¿Cómo está Eva?—dijo la señora Robinsón, que a pesar de lo ocurrido y del implacable rencor que sentía su marido hacia su nuera, tenía por ella una gran piedad.

—Perfectamente, y del chico no hay que hablar. Usted, señora Robinsón, debería estar orgullosísima de su nieto. Es la viva imagen de usted, tiene la cara como una luna llena.

—Me gustaría conocer al niño —dijo con interés—. ¿Dónde vive Eva?

—Aquí traigo las señas—contestó Matilde entregándole una tarjeta—. Ella trabaja en el café de Tony Pagano... Yo también vivo allí porque Pagano es mi... ¿comprende usted?... mi amigo. Puede guardarla. Yo tengo más en el bolso. Vaya a ver al niño sin temor alguno... Allí no tenemos perros y, además, no hay ley que prohíba a una abuela visitar a su nieto... Eso sí, antes quiero decirle algo acerca de Eva...

—Un momento, señora Barnes.

—Señorita Barnes. Aquí, entre nosotras: Creo que llegará a echarme la soga al cuello; a mí me gustan los hombres con línea y todas las proposiciones matrimoniales que recibo me las hacen individuos que pasan de doscientas libras. Pero no hablemos de mí... Lo importante es Eva... Ustedes conocen su vida, quiero decir... su vida íntima... quiero decir...

—No. Ella no tuvo mucha confianza en nosotros.

—Pues bien, ya que a ella le faltó el valor de hablarles claro, voy a hacerlo yo... Cuando Eva vino a Nueva York era muy jovencita,

y como la pobre no tenía familia, yo la llevé a vivir conmigo. Mi hogar, como usted comprenderá, no era todo lo moral que yo quisiera, pero...

La señora Robinson la escuchaba con disgusto. ¡Ella, mujer de irreprochable conducta, tener que oír a una muchacha como Matilde!

—¿Y por qué se empeña usted en decirme esas cosas?—protestó.

—Porque necesito que la ayuden y ella no le pediría nada a nadie, aunque se estuviera muriendo de hambre. Yo, señora, fui la estúpida que le presenté al sinvergüenza ese de quien hablan los periódicos; pero le aseguro que los dos únicos hombres en la vida de Eva han sido Morán y Roberto! ¡Y en estos tiempos, señora Robinson, una mujer que sólo ha tenido dos novios es un hallazgo!

Aquel género de conversación ofendía los más íntimos sentimientos de la dama. Y contestó:

—No me interesa en absoluto lo que usted me está diciendo.

—¡Pues debía interesarle!—respondió Matilde, sulfurada—.

Sepa usted que hasta en las cárceles tratan con consideración a los que sólo han faltado una vez... Ustedes están cometiendo una injusticia, una gran injusticia al dejar desamparada a esa pobre muchacha; y no lo digo por ella, sino por el chico, que después de todo es tan hijo de ustedes como de ella. Y sepa usted, señora, que esto no se lo manda a decir ningún Censo, sino Matilde Barnes... ¡y que lo pase usted bien!

Y saludando altivamente a la anciana, marchó del salón, recogiendo el perrito y murmurando censuras contra la incomprensiva sociedad.

La señora Robinson cubrióse el rostro con las manos... En su mente se forjaban pensamientos extraños y le parecía oír también, generosamente, la voz de su corazón.

* * *

Aquella tarde, Eva Miller, en las habitaciones que le habían reservado en el primer piso del restorán, había bañado a su hijo, tier-

no y hermoso capullo de rosa, lo había pesado, convenciéndose de su creciente salud, y mientras le ponía los pañales, jugueteaba con él y le decía esas palabras que sólo saben decir las madres:

—¿Eh, quietito, quietecito!... ¡Nene... qué gordito estás!... ¿Quién quiere al nene tan rico?... ¡Dios mío! ¿quién lo quiere?... Vamos, no llores... no llores.

Después lo dejó en la pequeña camita y, a poco, el nene, bañado y fresco, se dormía.

Eva apagó la luz y salió lentamente.

Entretanto había llegado al restorán la señora Robinsón. Venciendo su orgullo, pudiendo más en ella el amor de abuela, quería ver a su nietecito. Además, ella nunca había odiado a Eva. Consideraba a ésta más bien víctima que culpable. ¿Por qué no ser generosa con aquella pobre mujer abandonada?

—Quisiera ver a la señora Robinsón—dijo a un camarero.

—¿La señora Robinsón? ¿Está usted segura de que es aquí?

—Estas son las señas que me

dieron... ¡Ah!, tal vez ella usa su nombre de soltera: Eva Miller.

—¡Oh, Eva!... Si, vive en el piso de arriba. Jorge, acompaña a la señora a la habitación de Eva.

La visitante se alegró de que Eva no usase el nombre de su hijo. Este rasgo de delicadeza la enterneció.

Un criado la acompañó hasta el primer piso. Tuvieron que cruzar la sala del restorán, llena de gente... Sintió la dama una profunda repugnancia ante aquellos comensales que gritaban y reían con gestos plebeyos. Oyó a un hombre viejo que abrazando a una muchacha que cenaba con él, dijo al ver pasar a la señora Robinsón:

—¡Uf! ¡A mí no me han gustado nunca las viejas!

¡Qué horror! La señora Robinsón bajó los ojos, herida en su dignidad. ¡Y en aquel ambiente vivían su nuera y su nieto! Era preciso que éste fuese sacado de allí.

Llegó a la habitación donde se encontraba Eva.

—¡Buenas noches!—dijo con voz humilde.

Eva se levantó y contempló con

inquietud y sorpresa a la madre de su marido.

—¿Qué quería aquella señora? Pero su hostilidad fué vencida inmediatamente por la palabra amable, cordial, de la anciana.

—¿Cómo estás, Eva?—dijo estrechándole la mano—. Una amiga tuya me dijo donde vivías, y no he podido contener los deseos de conocer a mi nieto... ¿Me permites que lo vea?

Eva contestó, orgullosa de que pudieran ver a su hijo.

—¿Y por qué no? Pase usted.

Las dos mujeres penetraron en la estancia contigua donde el chiquilín dormía.

En la cuna blanquísima reposaba el rosado capullo. Dulcemente la abuela se inclinó. Y sus ojos se llenaron de lágrimas de infinita ternura y besó suavemente al hijo de su hijo, al niño que era de su sangre... Hubiera querido abrazarle, estrecharle largo rato contra su corazón.

—¿Cómo se llama?

—Roberto... como su padre.

—Se parece mucho a él, ¿verdad que sí?... Pero dejémosle dor-

mir... ¡Qué nene tan guapo y qué gordito!

Le volvió a besar y salió de la estancia en compañía de Eva.

Con una voz amabilísima, llena de tiernas reflexiones, la anciana preguntó:

—Eva, ¿sabes a qué he venido?

—¿No dijo usted que a ver al niño?

—¿Y a algo más? Ese niño es mi nieto, y estoy en la obligación de velar por él.

Eva, que había sospechado el verdadero motivo de la visita de la señora Robinsón, respondió con frialdad:

—¡Antes que nieto suyo, señora Robinsón, es hijo mío, y yo soy la única responsable de su futuro!

—No cabe duda, pero recuerda que sin dinero no es posible hacer nada en este mundo. Eva: de todo corazón te digo que siento infinitamente lo que ocurrió... Yo siempre te traté con cariño, y espero que no me culparás.

—No.

—¿Me permites sentarme?

—Como usted guste.

—Ven, siéntate a mi lado y

hablaremos con tranquilidad. Tú sabes que yo sólo quiero el bien de ese niño, y tú debes aceptar mi protección, si no por ti, a lo menos por él... ¡Olvidemos las circunstancias que obligaron a Roberto a separarse de ti, y como dos madres que somos hablemos seriamente del porvenir de esa pobre criatura!

Pero Eva la contempló con arrogancia, con un vehemente anhelo maternal.

—Un momento, señora. Es cierto que mi hijo no tiene padre, pero yo sé trabajar, y ya verá usted que soy capaz de sostenerlo y educarlo, sin aceptar la ayuda de los extraños.

—¿Quieres decir que me consideras una extraña?

—No... pero... ¡ya le he dicho que no necesito de usted!

—¿Y el niño? ¿Tú crees que con lo que ganas aquí puedes atenderlo debidamente? Mientras tú trabajas, ¿quién lo cuida?

—Yo vengo a verlo cada cinco minutos, y cuando estoy ocupada, las otras muchachas lo hacen por mí.

—¡Este no es lugar apropiado para educar un niño!

—¡Esta casa es tan respetable como cualquier otra!

Pero, como una contestación a sus palabras, en aquel momento entró Matilde, tambaleándose bajo el influjo de una cuantas copas de más. Llevaba una botella en la mano y entraba a buscar otra que estaba sobre una mesita.

—¡Ja, ja!—decía, sonriendo de modo lamentable— ¿Dónde dejé la botella de licor? A ver... un, dos, tres... ese no es de tres estrellas... Aquí hay cuatro... Este es un buen licor recién traído de Francia... o de Inglaterra... Me lo beberé. Adiós, Eva, me marcho abajo, porque me están esperando y si no ando lista se beben todo el licor... ¡Hasta luego, abuelita!

Salió Matilde, mientras Eva bajaba los ojos avergonzada. ¡Ah, cuánta razón tenía la señora Robinsón!

—Ya ves, Eva—comentó la abuela con tristeza— ¡Si en verdad quisieras a tu hijo, deberías sacarlo de aquí!

La idea de separarse de él la enloqueció.

—Pero, por Dios, señora, ¿no comprende usted que me es imposible, que yo no puedo dar mi hijo a nadie, ni siquiera a quien tiene algún derecho sobre él, como usted? Parece mentira que usted, que también es madre, se atreva a proponerme eso.

—Sí, hija mía, yo sé lo que eso significa, lo que eso duele, pero a mi lado el niño tendrá todo lo necesario; es decir: un hogar, un futuro...

Hablaba sólo del nieto, pues bien sabía que Eva no podía volver al hogar. Era una víctima de su pasado. Siempre tendría que permanecer lejos de ellos, purgando su falta, tal vez sin demasiada responsabilidad, pero víctima de su destino.

La idea de abandonar al niño desesperaba a la madrecita.

—Se equivoca usted, señora; mi hijo tendrá todo cuanto usted, con sus riquezas, pueda darle, y algo más: ¡el amor de su madre! ¡Además, yo no voy a quedarme aquí toda la vida! ¡Ni soy anciana ni

estoy inútil! ¡Yo puedo trabajar y luchar para defenderle y educarle! ¡No, señora, lo siento mucho, pero ese hijo es mío, mío y mío!... ¿No comprende usted que es todo cuanto tengo, lo que pude salvar del naufragio, mi único interés en la vida, mi sola ambición? ¡No, no señora, yo no puedo darle mi hijo a nadie, dígalo bien, a nadie!

La señora Robinson se conmovió, comprendió todo el amor maternal que vibraba en aquel corazón. Y no quiso insistir en su cruel propósito.

—¡No te exaltes, Eva, perdona, yo comprendo! ¡Haz lo que te dicte tu conciencia!

Y después de acariciar la cabecita de la joven, se alejó. Eva, silenciosamente se echó a llorar. Pensaba en su hijito, en la responsabilidad que tenía de defenderlo, de ampararlo... y pensaba también en Roberto, el único hombre que ella había amado y al que quizás nunca volvería a ver... Y sintiéndose mujer y madre, se prometió en lo sucesivo no ser más que lo último...

* * *

Roche, uno de los afiliados a la banda de Morán, había ido a ver a éste al presidio.

—¿Dónde está Eva?—preguntó Morán.

—En el café de Pagano.

—¡Me alegro... porque me gustaría verla otra vez!

—¡Entonces... esta noche, a las diez, estará todo preparado!—le susurró Roche en voz baja.

—¡Perfectamente! ¿Ya tienes la ropa?

—Sí, todo arreglado... ¡Bueno, hasta luego!

Y aquella misma noche, a las diez en punto, Morán, que había conseguido hábilmente limar los barrotes de su celda, escapó de la prisión. Sus cómplices le esperaban con un automóvil... Antes de que las sirenas anunciaran la fuga de Morán, ya éste se hallaba lejos en el coche de sus amigos.

No tardó en descubrirse la huida del presidiario, y los teléfonos vibraron de una parte a otra.

—¡Carlos Morán escapado! ¡Vigilen caminos!

Inmediatamente la policía se puso en movimiento, desiosa de alcanzar al criminal.

Morán iba con sus amigos en el coche hacia la ciudad.

—Embarcarás en un buque petrolero que sale para Sud América—le decía Roche.

—Pero antes de embarcarme quiero que vayamos a...

—¿Adónde?

—¡Al café de Pagano!—dijo impasiblemente.

—¡Eso es una locura, Morán!

—He dicho que quiero ir al café de Pagano.

—El barco sale de un momento a otro, y puedes perderlo. ¡Olvida a Eva, que nosotros la arreglaremos!

—¡Esto es un asunto estrictamente personal!

—¡Es una locura, Morán! Ya la prisión dió la voz de alarma, y lo más fácil es que...

—¡Quiero ver a Eva!

A pesar de las advertencias, fueron al café de Pagano. Morán dijo a sus amigos:

—Esperadme aquí, dentro de cinco minutos vuelvo.

Y Roche y otro cómplice aguardaron impacientes a que volviese el jefe. ¿Cómo perdía un tiempo tan precioso? ¡Estaba cometiendo una imprudencia que tal vez le costase cara!

No tardaron en convencerse de ello. Se detuvo un auto detrás del suyo, y descendieron de él el inspector Palmer y unos policías.

Antes de que pudieran huir, ya Palmer se había acercado a aquel coche y preguntaba con su aire llamativo y misterioso:

—¿Qué hay, Roche?

El aventurero simuló tranquilidad.

—¡Nada nuevo! Qué buen tiempo, ¿eh?

—¿Dónde está Morán?—le dijo mirándole fijamente.

—¡No lo sé! ¡Levanta la tapa del motor a ver si está dentro!

—¿Desde cuándo no vais vosotros a Sing-Sing?

—¿Sing-Sing? Eso es una prisión, ¿verdad?

—Sí, y una de las mejores del país: cuartos espaciosos, comida

estupenda y sobre todo el sitio ideal para una residencia permanente. Sin embargo, vosotros no quisisteis que Morán siguiera allí, y le ayudasteis a escapar... pero como su celda está vacía, pensé que por ser íntimos de él, sois los llamados a ocuparlas. Luis—gritó a un agente—, toma la dirección del coche, y vosotros atrás.

—Esto es una injusticia, Palmer; nosotros no hemos hecho nada.

—¡Sí habéis hecho!—dijo Palmer sonriendo—. ¡Habéis violado la ley de tráfico!

—¿Por qué?

—¡Habéis parado el coche cerca de la boca de agua para incendios.

—¡Pero si está a media manzana de nosotros!

—¡Tú tienes muy mal ojo, Roche! ¿A qué distancia está, Luis?

—¡A medio metro de aquí!

—¡Exacto, Luis, llévateles y dales un baño de agua helada para que se les quite la calentura.

Les hicieron pasar al fondo del coche, esposándolos previamente, y el agente Luis se acomodó ante el volante.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Palmer entró en el restorán dando orden a los demás agentes de que se distribuyeran convenientemente por el edificio. La caza del pájaro era peligrosa y no sobaban precauciones.

En el momento en que Eva salía del cuarto de su hijo donde acababa de comprobar que éste dormía dulcemente, una sombra se perfiló en el vano de la puerta.

Quedó paralizada por el terror al ver ante ella, mirándola fijamente y con el rostro alargado por una sonrisa demoníaca, a Carlos Morán.

Morán avanzó tranquilamente, ocultando las manos en los bolsillos del gabán.

—Vaya, vaya... ¿conque esas tenemos?—dijo con cinismo—. ¿Ni siquiera me das un beso?... ¿Qué te pasa? ¿No te causa alegría el verme?

—¡No, Carlos, por favor... te lo suplico!—dijo horrorizada al ver que avanzaba hacia la cuna

del niño y lo contemplaba con una sonrisa desdeñosa.

—¡No te preocupes... que no voy a hacerle nada a tu hijo!... ¡El, a lo menos, no me ha vendido!

—¿Qué buscas aquí?... ¿Qué quieres?

—¿Quién, yo?... ¡Nada!... ¡El médico me ha recomendado un cambio de clima... me ha dicho que me vaya a los trópicos... Y, como es natural, no quiero embarcarme sin despedirme de... mi antigua novia.

Y sonreía de un modo sarcástico, con una sonrisa diabólica.

—¡Me alegro, Morán... y que te vaya bien!—dijo con una voz cilla temblorosa.

—¡Gracias! Pero antes tenemos que arreglar cuentas... ¿Ves esto?

Y su mano empuñó una pistola.

—¡No... Morán... no... no!—clamó la pobre madre amparando con su cuerpo la cuna de su hijito.

—Esta es la pistola con que despaché a Sanders.

Una lividez mortal cubría a Eva. Su cuerpo temblaba como bajo una fiebre altísima.

—¡Tú no harás eso, Morán, tú no puedes matarme... tú sabes que tengo un hijo a quien cuidar!

Brutalmente Morán contempló al pequeñín que dormía su sueño de inocencia.

—¡El pobre! ¡Ni siquiera se va a dar cuenta de lo que ocurra! Este revólver tiene silenciador y no lo despertará... No creas, que yo tengo cierta estimación por tu hijo.

—¡Morán, ten piedad!

El miserable amenazaba tajantemente a Eva con el arma. En sus ojos se leía una cruel determinación. Quería vengarse de la mujer a la que creía culpable de aquella condena.

—Voy a recitar unos versos en tu honor—dijo.

—¡No, Morán, no! ¡Por mi hijo! ¡Piedad!

Se abrazaba enloquecida a la cuna temiendo por la vida del pequeño. ¡Y ella tampoco quería morir!

—Voy a recitar unos versos en tu honor—repitió el criminal con imperturbable sangre fría—. "Mi hermanita tenía un cordero y

siempre con ella la gente lo vió, pero un día de súbito...

—¡El pobre cordero expiró!

—dijo una voz enérgica detrás de él.

Volvióse rápidamente y vió avanzar al detective Palmer.

Sorprendido por la inesperada aparición, Morán sólo se preocupó ahora de salvar su propia vida.

—¡No te muevas, Palmer!—dijo amenazándole con el arma.

El detective se detuvo.

—Haciendo visitas, ¿eh?

—¡Si das un paso, te mato, Palmer!

Se había puesto detrás de la cuna como para servirle de parapeto. Eva, que veía en peligro a su hijo, suplicó:

—¡Márchate de aquí, que pueden herir al niño!

—¡Yo necesito defenderme!—rugió el bandido.

—¡No creí que fueras tan cobarde!

—Si Palmer quiere hacer algo contra mí, la cuna me servirá de trinchera.

Palmer, que había empuñado un revólver se dió cuenta de que no

podía disparar a menos de herir gravemente al niño. Y aclaró:

—¡Está bien, Morán, me iré!

Pero Morán, a quien el terror de volver a caer prisionero le atormentaba, contestó:

—¡El que se va soy yo... pero no por la escalera... ¡No te muevas!

Iba a desaparecer, descolgándose por la ventana que se abría detrás de él, cuando se antió agarrado por unos brazos fuertes y poderosos que le obligaron a dejar caer en tierra su pistola.

Era uno de los agentes de Palmer que se hallaba en la ventana, de vigilancia, suponiendo que por ella pudiera escapar el bandido.

Pero su vencimiento fué momentáneo. Con una fuerte contracción pudo librarse de los brazos del agente y recoger de nuevo el arma. Lucharon violentamente los dos hombres junto a la cuna del niño que había despertado y lloraba ahora desesperadamente.

Morán era hercúleo y de un puñetazo derribó al policía. Empuñó el gatillo para disparar contra él, mas antes de que pudiera hacerlo,

Palmer, que presenciaba impasible la lucha, sólo atento a que el niño no sufriera daño, disparó a su vez contra Morán con tan magnífica puntería que la bala le atravesó el corazón.

El miserable cayó de bruces, pesadamente...

Eva, llorando, se abrazaba a su hijito, a quien la detonación había asustado.

—Señora Robinson—dijo Palmer volviéndose lentamente hacia Eva—. Siento mucho lo que ha pasado...

Y luego, mirando a los agentes que habían acudido al ruido de la detonación, agregó señalando el cuerpo inanimado de Morán:

—¡Muchachos, sacad de aquí esa basura!

* * *

Al siguiente día de la tragedia que puso fin a la vida del aventurero Carlos Morán, los señores Robinson habían recibido un cablegrama de su hijo concebido en los siguientes términos:

Llego hoy. Los que aseguran que París es el lugar ideal para olvidar, no saben lo que dicen. Lo sé por experiencia. Abrazos.

Roberto.

El señor Robinsón estaba disgustado.

—Ese idiota hijo nuestro nos avisa que sale para los Estados Unidos cuando el vapor está ya para atracar.

—¿No crees tú que ahora que tiene un hijo...?—dijo su mujer, conciliadora.

—Con mucha más razón debe divorciarse... Gracias a Dios que en esta casa, yo, por lo menos, no pierdo nunca la cabeza! ¡Esta Eva Miller es una maravilla!—agregó agitando un periódico—. ¡Su nombre siempre está en la primera página de los diarios!

—Me alegro que Roberto no esté aquí para que no sufra leyendo estas cosas.

—Le mandé a Europa creyendo que así lograría curarse de este mal, pero por el tono del cablegrama veo que está peor que nunca... ¡Ah, si Roberto pudiera leer

esto se convencería de que es imposible que yo...

—No hablemos más de Eva...

Entró el mayordomo.

—¡La esposa de su hijo desea verla, señora!

El señor Robinsón hizo un gesto de protesta... Pero antes de que pudiera traducirlo en palabras, ya su esposa había dicho:

—¿Que pase!

—¡No deberías recibirla!

—¡Tiene un hijo!

Entró Eva, con paso lento, casi arrastrando los pies, que se negaban a sostenerla. Sus ojos aparecían tristes y estaban enrojecidos por el llanto. Llevaba en sus brazos al niño, que, por contraste, sonreía...

—Buenas tardes—dijo Eva.

El señor Robinsón no se enteró ante la vista de su nieto. Pero la esposa corrió hacia Eva.

—¡Buenas tardes, Eva! ¿Me permites que tome al niño en brazos?

—¡Oh, sí!

Abuela al fin, la señora Robinsón llenó de besos el tierno rostro del infante.

—¿Roberto!—dijo a su marido—. Mira qué nieto tan simpático tienes—. ¿Verdad que se parece a ti?

El banquero miró al nieto con frialdad. Mas algo vibró en su corazón. La voz misteriosa de la sangre, de la ternura y el vínculo familiar. Pero la del orgullo pudo más y reprimió sus sentimientos.

—Es bueno que se acostumbre a tenerlo, señora Robinson—dijo Eva—, porque de ahora en adelante...

—¿Qué dices, Eva?

—De ahora en adelante se quedará en esta casa.

La alegría brilló en los ojos de los abuelos.

—¡Eva... hija mía... cuánto te lo agradezco!

Con su eterna máscara de juez, el señor Robinson manifestó:

—Mi mujer me dijo que la semana pasada le había hecho una visita... y que usted rehusó darle el niño. ¿A qué se debe la decisión de ahora? ¿Se puede saber?

Mirando con amargura a aquel hombre, Eva explicó:

—¿Han leído ustedes los periódicos de esta mañana?

—Sí...

—Pues todo eso tan horrible que ocurrió en mi casa anoche, es una razón más decisiva que todas las que su esposa de usted me dió. ¡Estoy convencida, señora Robinson, de que es inútil tratar de levantarse, después que una ha caído tan hondo como caí yo! No valen arrepentimientos ni buenos deseos! ¡Todo es inútil!

—¡Usted ha hecho muy bien en traerlos a su hijo!—dijo el señor Robinson.

—Muy bien, ¿verdad? Eso es muy fácil decirlo. Sin embargo...

Y se echó a llorar y acarició una vez más al hijito de su alma al que acaso privarían en lo sucesivo de ver.

—No te desesperes, Eva; en esta casa estará... ¡tan bien como en la tuya!—murmuró la anciana.

—A pesar de todo, yo creí que podría conservar a mi hijo, ya que no pude conservar al padre... Pero es imposible... Mi nombre vuelve a mancharse... me perseguirá siempre el infortunio... Yo debo

librar a mi nene del dolor de mi vida. ¡Ya veo que la vida quiere quitármelo todo, como si yo, por haber cometido un pecado, no tuviese derecho a nada!... ¡Déjeme abrazarlo por... última vez!...

Lo estrechó contra su corazón, mezcló sus lágrimas con las del nene, que ahora lloraba como si comprendiera la verdad.

Después, decidida, se alejó. Le cayó de sus manos un conejito de piel y entregándolo al señor Robinson, que había conservado su dureza habitual, le dijo:

—Este conejito es el primer juguete que le regalaron a mi hijo. ¡Téngalo, no vaya a echarlo de menos! ¡Adiós!

Y salió corriendo, mientras el nene lloraba tiernamente en los brazos de la abuela...

El señor Robinson avanzó hacia su nietecito y por primera vez le sonrió...

Horas después, Roberto llegó a su hogar y se enteró de todo lo

ocurrido. Volvía loco de amor por Eva, sin haberla podido olvidar un instante. Y ahora abrazaba con frenético delirio al hijo de su corazón, al niño que él aun no había conocido.

Quería ver a Eva, perdonarla, llevarla a vivir a su lado. En vano el señor Robinson le hacía severas reflexiones.

—Roberto, te aseguro que si te pones a pensar seriamente en este asunto...

—¡Por favor, papá, si desde que salí de aquí no he hecho más que pensar en la misma cosa! ¡Y llegué a la conclusión de que Eva es mi mujer, la madre de mi hijo, y, a pesar de todo eso, durante un año entero, la he dejado sufrir injustamente!

—¿Me permites que te diga una cosa?—preguntó su madre.

—Un momento, espera—dijo el banquero.

Pero su esposa, sin hacerle caso, continuó:

—Hijo mío, ¿tú verdaderamente quieres a Eva?

—¡Tanto como te quiero a ti, mamá!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Entonces, ¿qué esperas?... Ya te dije dónde vive... ¡Ve y búscala!

Roberto no se hizo repetir la invitación.

—¡Voy en seguida! ¡Ya nos veremos, papá!

El señor Robinson se dejó caer vencido en un sillón. ¡Imposible luchar más! Su hijo amaba a Eva... y contra el amor es difícil la victoria...

Desde el cuarto se oía el llanto del nene que añoraba a su madre-cita. Corrieron los abuelos hacia él, le acariciaron, lo besaron... Y el señor Robinson, el del corazón duro y hosco, sintióse de repente invadido de ternura, pensó que aquel niño era de su hijo... y de aquella mujer... y, misteriosamente, notó unos deseos de perdonar, de ser generoso, de derramar un poco de felicidad...

Entretanto, allá en el restorán, Eva se despedía en sus habitaciones, de Matilde y de Tony Pagano, que la contemplaban enternecidos.

—Pero, Eva, no seas loca, ¿por

qué te empeñas en irte?—le decía su amiga.

—Porque los amigos de Morán han jurado matarme, y dos muertes en el café de Pagano son suficiente para que la policía cierre el establecimiento y vosotros os quedéis en la calle.

—¡No digas tonterías, Eva! ¡Morán pasó a la historia, y casi todos sus amigos están en la cárcel!

—Sin embargo, aposteo cualquier cosa a que si Pagano fuera agente de seguros de vida, no sería capaz de venderme una póliza, ¿verdad?

El italiano, que se sentía muy emocionado, contestó:

—Me parece que Eva tiene razón: lo mejor es que se aleje de estos alrededores... por lo menos hasta que se aplaquen los ánimos.

—¿Y adónde vas, Eva?

La joven contestó con un gesto de abatimiento:

—No lo sé todavía... a cualquier parte... Buscaré un lugar bien apartado donde no puedan hallarme...

Matilde la abrazó.

—Ya que te empeñas, ¿qué le vamos a hacer? ¿Necesitas dinero?

—¡No, gracias! Tengo suficiente.

—¡Cuánto siento que te vayas!

—¡No me acompañes hasta la puerta! ¡Adiós, Matilde!

Estaba livida y lloraba amargamente...

—¡No llores, Eva!

—Si alguna vez le hace falta algo, Eva, no olvide que nosotros...—dijo Pagano.

—¡Mil gracias, Pagano! Vosotros habéis sido tan buenos conmigo, que nunca os olvidaré... ¡Adiós, querida!... ¡Adiós, Tony!

Desapareció escaleras abajo...

Pagano y Matilde se quedaron mirándose en silencio, entristecidos por aquella separación. De pronto Matilde comentó:

—No sé qué pensar... Me parece tan raro que Eva haya dado a su hijo... así... tan tranquilamente... Además, le noté algo extraño en la cara... Oye, Pagano... ¿no será que Eva?...

—¡Tienes razón! ¡Irás a matarse?

—¡Corramos a buscarla!

Tal vez no se equivocaban en sus temores. Porque Eva, después de haber dejado a su hijito en manos seguras, no queriendo que él viviese la vida dura y azarosa a que ella estaba condenada, no tenía ya apego alguno a la existencia. Procuraría trabajar, vivir en un rincón, vejetar miserablemente. Y si esto no podía ser, antes que lanzarse de nuevo a la existencia de deshonra, prefería morir...

Eva, sollozando quedamente, descendió la escalinata que conducía al vestíbulo. Andaba como una automática... De pronto, un hombre apareció ante ella... Eva reconoció con inmensa emoción a su marido.

—¡Eva!

—¡Oh, Roberto!

—¡Eva, mujercita mía! ¡He venido a buscarte porque tu hijo está desesperado... y quiere verte!

—¡Roberto! ¡Roberto!

Matilde y Pagano aparecieron en aquel instante, contemplando con inmensa alegría aquella reconciliación matrimonial.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Roberto... ¿quieres de veras que vuelva al lado de mi hijo?

—¡El te necesita... y yo también, niña mía!... ¡Te quiero como la primera vez que te conocí! Vengamos el pasado... Tú para mí; para nadie más. Morán está muerto... De hoy en más sabrá salvaguardarte mi cariño. No temas... Papá te perdonará... también.

¡Sonríe Eva, sonríe!... ¡Y ahora, vamos... el niño está llorando... espera a su madre! ¡El y yo te necesitamos!...

Pagano y su amiguita se retiraron con emoción, no queriendo turbar las palabras santas y generosas que hablaban del triunfo del amor sobre las demás pasiones humanas.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barberá, 16. — Madrid: Ferraz, 21

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Corten del Zar.—La primera que supo amar.—El cucho número 13.—Sin familia.—Mare Nostro.—Nautia, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zaza.—¡Adiós juventud!—El juicio errante.—La mujer desahogada.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Gangos y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacarra.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diables.—¡Rie, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Pasética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapur.—¡La Austria.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La empuje andaluz.—Los rosarios.—Iraña.—El conde de Montecarlo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senala del 98.—Espejismo.—Evangelina.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Epitafio.—La Máscara del Diabolo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Pesadilla.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos hermanas.—La Canción de la Estrepa.—El precio de la beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delicatessen.—Del mismo varro.—Retrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parador).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charro.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El payo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡M'o sería!—¡Alegría!—La mujer que amamos.—Así comó de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavos de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoce a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La flama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

PRÓXIMOS NÚMEROS:

La deliciosa película

Papá piernas largas

por la inimitable Janet Gaynor y Warner Baxter

Edición extraordinaria,
[al precio corriente de 1 peseta
¡Haga sus encargos en seguida!
¡La mejor película de JANET GAYNOR!

*

Seguidamente:

La espérea narración

TRADER HORN

por Harry Carey, Edwin Booth, etc.

(Película mágica de la METRO-GOLDWYN-MAYER)
Interesantísima producción de aventuras. Lo más emocionante visto
hasta nuestros días. Gran asunto

Precio: 1 peseta

*

La pura verdad

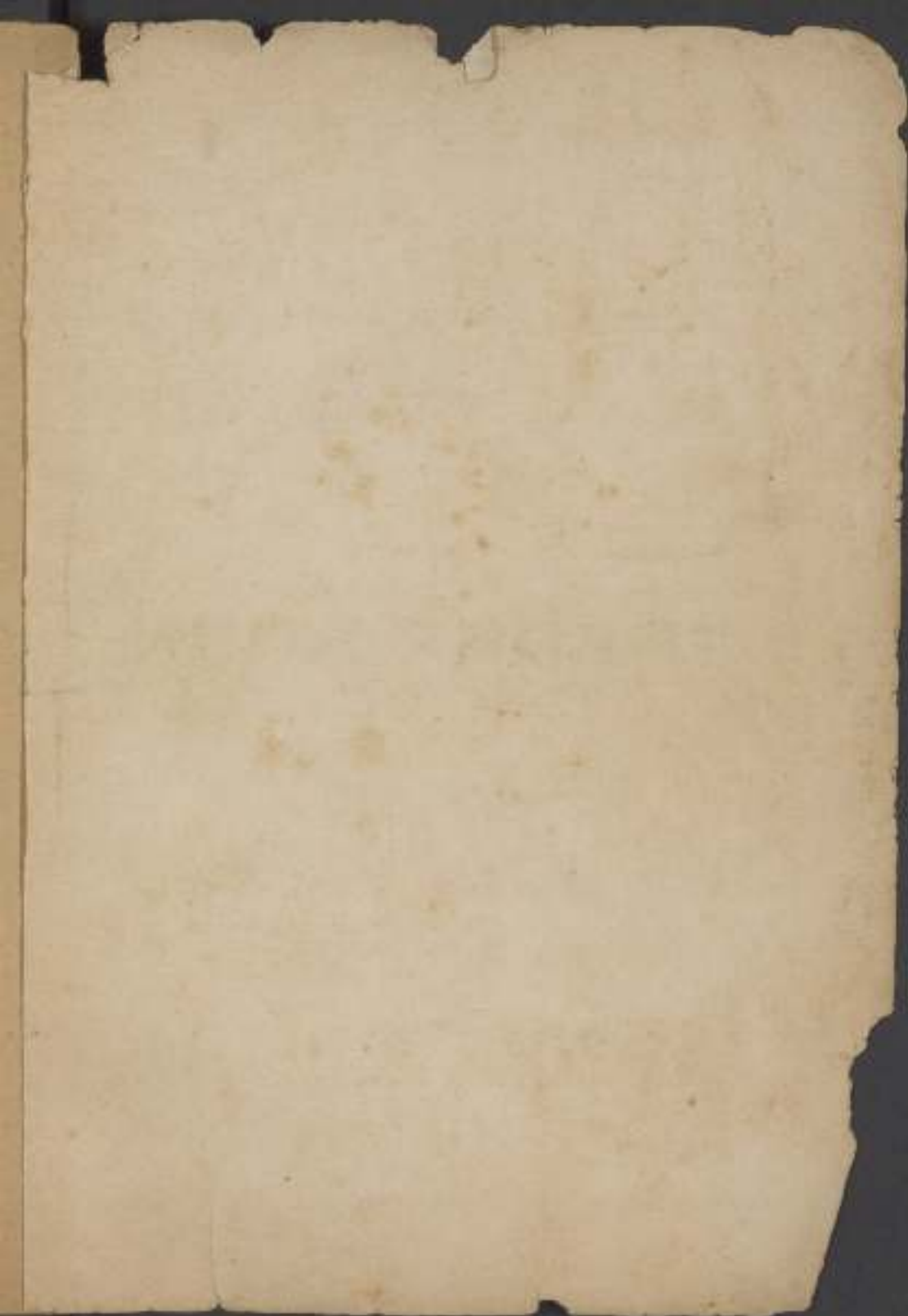
Hablada en español, por la gentil Enriqueta Serrano
Deliciosas canciones - Magnífico asunto

*

Estudiantina

por Ramón Novarro y Dorothy Jordan, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR!





Precio: UNA peseta